



RAIL



RAIL

DON

QUIXOTE

RAIL



RAIL

4

P06323

A1

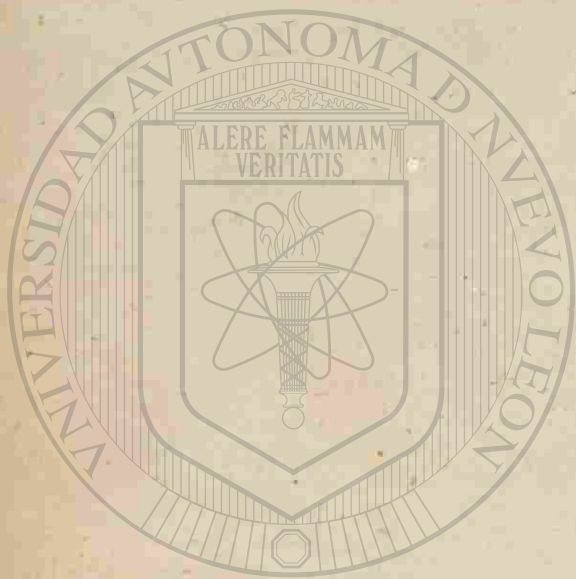
v. 4

1814

N
C419i



1080018948



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

—
PARTE PRIMERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

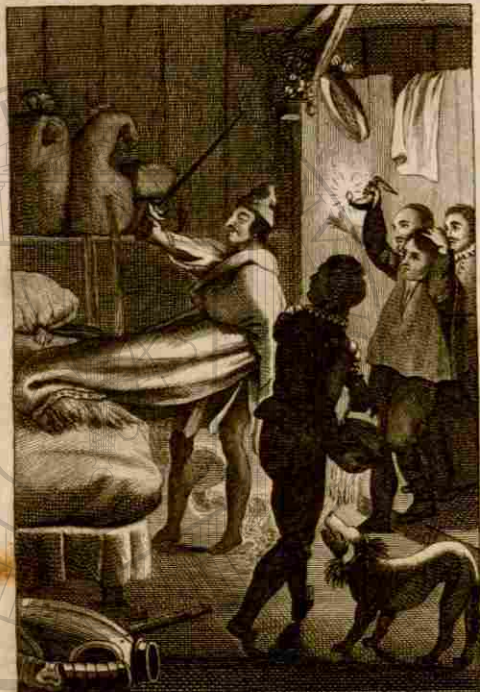


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL INGENIOSO HIDALGO
 DON QUIXOTE
 DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION, CONFORME EN TODO A LA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, HECHA EN MADRID EN 1789.

Además del Juicio crítico ó Análisis del Quixote, el Plan cronológico de sus viajes, la Vida de Cervantes, y los documentos que la comprueban, comprendidos en la dicha edición de la Academia; se han añadido á esta las notas críticas y curiosas al Don Quixote, escritas por el señor Pellicer, Bibliotecario de S. M. etc. con hermosas laminas.

Edición hecha bajo la dirección de Jose Rene Masson.

PARTE PRIMERA.

TOMO IV.

EN PARIS,

POR BOSSANGE Y MASSON, calle de Tournon, n. 6.

1814.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tullán

10292

46586

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO EMETIRIO
VALVERDE Y TULLÁN



PQ 6323

A1

V. 4

1814



PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla, que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la Novela del Curioso Impertinente (a).

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del caramanchon (b) donde reposaba Don Quixote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios

010292

PQ 6323

A1

V. 4

1814



PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla, que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la Novela del Curioso Impertinente (a).

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del caramanchon (b) donde reposaba Don Quixote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

010292

que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Que dices, hermano? dixo el Cura, dexando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estais en vos, Sancho? ¿como diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En este oyeron un gran ruido en el aposento y que Don Quixote decia á voces: tente ladrón, mandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo á esta sazón el ventero, si Don Quixote, ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo

que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quixote en el mas extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque, y en la derecha desenvainada la espada, con la qual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino:

lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitarán, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó Don Quixote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió quan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dixo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me diéron muchos moxicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Que sangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dixo el ventero: no ves, ladron, que la

sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la fiera del escudero y el maleficio del señor, y juzgaba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa (e) señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida

criatura : y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixé yo? dixó oyendo esto Sancho : sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿ Quien no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos rejan sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo diéron con Don Quixote en la cama, el qual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dexáronle dormir y salieron al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito : en mal punto y en hora menaguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta : la vez pasada se fué con el costo de una noche de

cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á quantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca : y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámelas vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre : pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta

cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viendose pacífica en su Reyno, de darle el mejor Condado que en él hubiesé. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto, que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamiento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca (1). Sosegados todos, el Cura quiso aca-

(1) Antes que Lucio Apuleyo se convirtiera en asno, fue convidado á cenar por Birrena, su tia, en Hippata, ciudad de las mas famosas de Tesalia por la multitud de sus hechiceras: y al volverse á recoger á las tres de la noche á casa de Milon, su huésped, vio que tres hombres estaban desquiciando la puerta, pugnando por entrar: tiénelos por ladrones, y los mató á cuchilladas: prendiéndole al otro día: llevóle al tribunal: colocan también en el los tres cadáveres, cubiertos con una sabana, como el cuerpo del delito: levántase un viejo, y acusa públicamente al reo de homicidio: defiéndese este; pero entra de refresco una vieja,

bar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogáron la acabase: él que á todos quiso dar gusto, y por el que

llorando amargamente, como madre que decia ser de aquellos tres difuntos: acúsale de nuevo, y para mover á los jueces á mayor indignacion contra el homicida, pide que se descubran los cadáveres: mandan los jueces que los descubra el reo por su mano, el qual levantando la sabana, queda atónito y espantado al ver que los muertos eran tres odres, cueros, ó pellejos para llevar vino, abiertos con diversas cuchilladas por las partes y lugares, por donde él habia herido á los ladrones la noche antecedente. Prarrumpe el auditorio en una risa universal, porque esta invencion se habia dispuesto en obsequio del dios de la risa, ó el dios Baco, cuyas fiestas celebraban aquellos gentiles annualmente. Desea saber Apuleyo el misterio de aquel encantamiento, y se le revela una moza llamada Fótide, criada de Pánfila, una de las mayores magas de Tesalia y muger de Milon, diciendo: que en lugar de los cabellos rubios de un joven de Beacia, que su ama pedía, la llevó los de tres cueros ó pellejos de macho de cabrio, que vio trasquilar á un botero; y haciendo Pánfila sobre ellos un fuerte conjuro, en virtud de él se vivificaron los cueros, y echando á andar se encaminaron á casa de Milon, en busca de Pánfila su muger, y esforzándose por entrar, llegó á la sazón Lucio Apuleyo, que pensando eran ladrones, les dio de cuchilladas. Por esta aventura, que se refiere por extenso en el *Lib. II y III del Asno de Oro*, se viene en conocimiento de que Cervantes parece la tuvo presente para su imitacion en la de la quimérica batalla de Don Quixote con los cueros de vino, y se comprueba en parte, que en esta Historia se propuso imitar á Apuleyo, como á Heliodoro en el *Perdies*.

él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

Sucedió pues, que por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiése al revés de la voluntad que le tenía, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el (d) que tenía Leonela de verse qualificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenían la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla,

y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió, que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dixese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decía, le dixo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, déxame hasta mañana, que entónces sabras de mí lo que te ha de admirar: está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del apo-

sento, y dexó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella mesma noche, quando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la

presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dexado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal, que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decirselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban lasmas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixeron que aquella noche habia faltado de

casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola. No sabía que pensar, que decir, ni que hacer, y poco á poco se iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin acabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde había estado, quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas hubo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecía, y á aquella hora vió que venía un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó, que nuevas había

en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé, que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése. Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabía su desgracia; mas

como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose así, y dexáronle acostado y solo, porque él así lo quiso; y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció (e) que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dexar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera,

manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para que...

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de Monja, hasta que (no de allí á muchos

dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el Reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudierase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeán-

dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el Reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudierase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeán-

dose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apearse la muger que en el sillón venia: y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el qual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quien es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo

el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadiéron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creído, que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongio va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la qual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó

á ella, y le dixo: ¿que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dixo el mozo que los demas obedecian, y dixo á Dorotea: no os causeis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oír alguna mentira de su boca. Jamas la dixes, dixo á esta sazón la que hasta allí había estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quieto que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡válgame Dios! ¿que es

esto que oigo? ¿que voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y fuése á entrar en el aposento, lo qual visto por el caballero, la detuvo sin dexarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en quantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenía, era su esposo Don Fernando, y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dexó caer

de espaldas desmayada : y á no hallarse allí junto el Barbero , que la recogió en los brazos , ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro , y así como la descubrió , la conoció Don Fernando , que era el que estaba abrazado con la otra , y quedó como muerto en verla , pero no por que dexase con todo esto de tener á Luscinda , que era la que procuraba soltarse de sus brazos , la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio , y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea quando se cayó desmayada , y creyendo que era su Luscinda , salió del aposento despavorido , y lo primero que vió , fué á Don Fernando , que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio , y todos tres , Luscinda , Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos , casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos , y mirábanse todos , Dorotea á Don Fernando , Don Fernando á Cardenio , Cardenio á Luscinda , y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda , hablando á Don Fernando desta manera : dexadme , señor Don Fernando ,

por lo que debeis á ser quien sois , ya que por otro respeto no lo hagais , dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra , al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones , vuestras amenazas , vuestras promesas , ni vuestras dádivas : notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos , me ha puesto á mi verdadero esposo delante : y bien sabeis por mil costosas experiencias , que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria : sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia , la voluntad en despecho , y acabadme con él la vida , que como yo la rinda delante de mi buen esposo , la daré por bien empleada : quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí , y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo , por las quales vino en conocimiento de quien ella era , y viendo que Don Fernando aun no la dexaba de sus brazos , ni respondia á sus razones , esforzándose lo mas que pudo , se levantó , y se fué á hincar de rodillas á

sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsados tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar, que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que

yo fuese tuya, y quisistelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinnda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio: y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi deseuído, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan christiano, como caballero; porque por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heçiste (f) en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quíereme alomenos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos



UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1942

en mi deshonra : no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho : y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias : quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas. si ya es que te precias de aquello porque me desprecias (1) : testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias : y quando todo esto falte, tu mesma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te

(1) La nobleza que podia echar menos en Dorotea.

he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura : y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian : el qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo : venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de

Don Fernando se habia puesto, porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva (g), aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorothea, que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de

querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dexaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿ que es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mesmo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo, que tiene contigo mas

fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Lusinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su pernició, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazón acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el Barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba: y que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Lusinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma

cordura,

cordura, forzándose y venciéndose á sí mesmo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien, que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla, que pocas, ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las quales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, é iguala á sí mesmo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó

®

vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera : y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto, fué abaxarse y abrazar á Dorotea, diciéndole : levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma : y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis : lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptaros por mía, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro : y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros : y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo (h) rogaré al cielo, que me los dexé vivir con mi Dorotea : y diciendo esto, la tornó á abrazar, y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué ne-

cesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos había sucedido : hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él, sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio, y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dixese como había venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes había contado á Cardenio : de lo qual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que

quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras: y así como hubo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con mas comodidad, y que otro día supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolución al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la qual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un día á que la portería estuviese abierta, dexó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado

en el monasterio buscando á Luscinda, la qual halláron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un Lugar donde se acomodáron de aquello que hubiéron menester para traella: todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Luscinda se vió en su poder, perdió fodos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna: y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían, é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea, si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se ballaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban con-

tentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su Reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió

Sancho : porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote, ¿estas en tu seso? Levántese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dixes yo, que todo quanto aquí sucedia, eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo, que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aun-

que simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quixote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimesmo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y riéron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado (i). Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria (k) la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO XEZES"
Madrid, 1923

10292

muy lejos de aquí el Lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas (l) de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer una buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuviéron callando hasta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe

de la misa la media, y que fué poco verificado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... Quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá quando ménos lo pensemos. Vistesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazón el ventero, al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna manera, y Don Quixote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamórfoseo en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves

días. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la qual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondió: quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la mesma que ayer fui, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dexado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores

que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca á la ca-

beza del gigante, ó aloménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá quando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é malditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servir y acompañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que

se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasáron entre Don Quixote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazón entró en la venta, el qual en su trage mostraba ser christiano recién venido de tierra de Moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la mesma color: traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almala que desde los hombros á los pies le cubría. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran

por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dixeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia Mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la Mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar (*m*) con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrámbas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que

entendiendo

entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Cautivo (*n*), os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Dorotea ¿esta señora es christiana, ó Mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el

iv.

4

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 BURGOS, BURGOS

alma es muy grande christiana, porque tiene grandisimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada (o)? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Captivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quien fuese la Mora y el Captivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábica le dixo, que le pedian se quitase el embozo, y que le hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo

por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podia igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindiéron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Captivo como se llamaba la Mora, el qual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habían preguntado al christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre: *no, no Zorayda: María, María*, dando á entender, que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: *sí, sí, María, María*: á lo qual respondió la Mora: *sí, sí, María: Zorayda macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por

orden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni quadrada en la venta, y diéron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el qual quiso que estoviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentáron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras, el Cura y el Barbero: y así cenáron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no: qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea

que nosotros somos quien somos? ¿ Quien podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventáron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el

cuerpo. Si no véase, si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza: pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el

mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que diéron los Angeles la noche que fué nuestro día, quando cantáron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que quando entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dixo: *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entónces nin-

guno de los que escuchán dole estaban, le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta, aloménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte

les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el qual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos. premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata (1) del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dixo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la mesma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga que viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garseare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su

(1) *Y en que se prosigue.*

boca, que como sale del lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su exercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hulas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienas, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de

responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar, sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes, y es á sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. A

esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las Republicas, se conservan los Reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las Republicas, los Reynos, las Monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigili-
 as, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y

estando de posta, ó guarda en algun re-
bellin, ó caballero, siente que los enemi-
gos estan minando hácia la parte donde él
está, y no puede apartarse de allí por nin-
gun caso, ni huir el peligro que de tan
cerca le amenaza? Solo lo que puede ha-
cer, es dar noticia á su Capitan de lo que
pasa para que lo remedie con alguna con-
tramina, y él estarse quedo temiendo y
esperando, quando improvisamente ha de
subir á las nubes sin alas y baxar al pro-
fundo sin su voluntad. Y si este parece
pequeño peligro, veamos si se le iguala,
ó hace ventaja el de embestirse dos galeras
por las proas en mitad del mar espacioso,
las quales enclavijadas y trabadas, no le
queda al soldado mas espacio del que con-
ceden dos pies de tabla del espolon, y con
todo esto, viendo que tiene delante de sí
tantos ministros de la muerte que le ame-
nazan, quantos cañones de artilleria se
asestan de la parte contraria, que no dis-
tan de su cuerpo una lanza, y viendo que
al primer descuido de los pies iria á visi-
tar los profundos senos de Neptuno, y con
todo esto, con intrépido corazon, llevado
de la honra que le incita, se pone á ser
blanco de tanta arcabuceria, y procura

pasar por tan estrecho paso al baxel con-
trario: y lo que mas es de admirar, que
apénas uno ha caido donde no se podrá
levantar hasta la fin del mundo, quando
otro ocupa su mesmo lugar, y si este tam-
bien cae en el mar, que como á enemigo
le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar
tiempo al tiempo de sus muertes: valentia
y atrevimiento el mayor que se puede hallar
en todos los tranceos de la guerra. Bien hayan
aquellos benditos siglos que carecieron de
la espantable furia de aquestos endemo-
niados instrumentos de la artilleria, á cuyo
inventor tengo para mí que en el infierno
se le está dando el premio de su diabólica
invencion, con la qual dió causa que un
infame y cobarde brazo quite la vida á un
valeroso caballero, y que sin saber cómo,
ó por donde, en la mitad del corage y brio
que enciende y anima á los valientes pe-
chos, llega una desmandada bala, dispa-
rada de quien quizá huyó, y se espantó del
resplandor que hizo el fuego al disparar
de la maldita máquina, y corta y acaba en
un instante los pensamientos y vida de
quien la merecia gozar luengos siglos. Y
así, considerando esto, estoy por decir,
que en el alma me pesa de haber tomado

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALFONSO REYES

este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta, en que ahora vivimos, porque aunque á mi ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelos, pensar, si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubier-to de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pimienta (1) caballería. El Cura le dixo,

(1) Este adjetivo viene del sustantivo latino *pix, picis*, y significa propriamente cosa negra y atezada, como la que

que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en com-

pez: antiguamente se decia *peccemento, peccementa*. En el sentido translatico, en que se toma aquí, significa *cosa triste, funesta, fatal*. En él dixo tambien Gonzalo Berceo:

Amanecio el sabbado un peccemento dia.

(Poesias Castellanas por el señor Sanchez: tom. II, p. 427, copl. 152.) Acaso aludió este poeta del siglo XIII á aquel dicho de Horacio:

*Hincine solem
Tam nigrum surrexe mihi!*

Esto es:

Es posible que haya amanecido este dia, ó este sol, tan negro ó tan pimienta para mí! (Serm. lib. I, ecl. 9, v. 72.)

pañía de Zorayda, á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oírán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no

pañía de Zorayda, á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oírán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no

le es de ningún provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que según él decía, no podía irse á la mano contra su condición, quiso privarse del instrumento y causa que le hacía gastador y dádivo, que fué privarse de la hacienda, sin la qual el mesmo Alexandro pareciera estrecho, y así llamándonos un día á todos tres á solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir, que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber, que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó alomenos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer

de mi hacienda quatro partes, las tres os dare á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria, que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real* (1), como si mas claramente dixera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de Rey, que*

(1) Lope de Vega cita así este adagio: *Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, y mar, y casa Real*: (Dorotea: act. 1. scen. VIII.) cuyo adagio no solo es mas extenso, que el alegado por nuestro autor, sino mas exacto; porque la *Iglesia* solo comprehende los premios y dignidades que se dan por la ciencia eclesiastica, pero la *ciencia* los que se merecen por ella, y por las demas ciencias: y así el Oidor, hermano de este cautivo, debía la toga á la Jurisprudencia.

merced de Señor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al Rey en la guerra; pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama.

Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora, si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho, que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y, á lo que yo creo, el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabámos de concordarnos y escoger nues-

tros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fuéron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del troneo de la casa, en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto, para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron quatro mil (p) en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO XEL JUSTO"

prósperos, ó adversos. Prometímose lo, y abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fui desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso Capitan de Guadalaxara llamado Diego de Urbina (1), y acabo de algun

(1) Hallóse despues Urbina en la batalla de Lepanto; mató quinientos turcos de la capitana de Alexandria

tiempo que llegué á Flándes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, que estaba debaxo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por General desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo qual me incitó y conmovió el ánimo y el desseo de verme en la jornada que se esperaba, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á Capitan, lo quise dexar todo y venirme, como me vine, á Italia: y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo

y á su capitan, y tomó el estandarte Real de Egipto, como dice el P. Fernando de Pecha. (Historia de Guadalaxara. (Biblioteca Real: est. G. cod. 92. p. 77. b.)

hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho Capitán de Infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel día, que fué para la christiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel día digo, donde quedó el orgullo y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura taviéron los christianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso día, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchali Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la Capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos (1), acudió la

(1) Embistió el Ochalí á esta capitana con siete galeras suyas, y no pudo ser socorrida de las nuestras por

Capitana de Juan Andrea (1) á socorrella, en la qual yo iba con mi Compañía, y haciendo lo que debía en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindiéron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir, que el Uchali se salvó con toda su esquadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fuéron quince mil christianos los que aquel día alcanzaron la deseada libertad, que todos venian

haberse salido adelante de la ordenanza ó puesto dellas por señalarse aquel día: de los tres caballeros heridos el uno era Frey Pedro Justiniano, prior de Mecina, y general de Malta, el otro un Español, y el otro un Siciliano: á estos hallaron vivos, enterrados entre los muchos muertos. (Así Arroyo: Relacion de la Santa Liga: fol. 67, y sig.)

(1) El Ochalí llevaba ya atada á su popa la capitana de Malta; pero la recuperó (dice Bernardino Escalante) el capitán Ojeda, abordándola con la galera Guzman de Nápoles, matando todos los turcos que de ella se habian apoderado, y la Religión en recompensa deste servicio que le hizo, le da en cada un año cierto premio de por vida. (Diálogo del Arte militar: p. 62.)

al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta (1). Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los Leventes (2) y Genizaros (3) que en ella venian, tuvieron por cierto, que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del General que á

(1) Esta fue la vez primera (dice el referido Escalante) que el Estandarte de esta valerosa Religion cayó en manos de turcos. (En el lugar citado.)

(2) El P. Haedo (cap. 21, f. 16, b.) dice que se llaman comunmente Levantes (ó Leventes) los soldados de mar ó los soldados cosarios que van en las galeras de los moros.

los nuestros regia, sino por los pecados de la christiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen (1). En efeto el Ucháli se recogió á Modon, que es una Isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso corsario Barba Roxa. Tomóla la Capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido Capitan Don Álvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz: y no quiero

(1) Caminó Don Juan de Austria (según dice Arroyo: f. 90.) toda la noche del día 16 de septiembre de 1572, para amanecer sobre el puerto de Navarino, donde estaba toda la armada turquesca, como habian avisado los capitanes Luis de Acosta, y Pero Pardo de Villamarin; pero el Comité Real (añade Aguilera: f. 85. b.) y los pilotos se engañaron en la ampollita, y fueron á amanecer á una isla llamada Prodano, distante unas tres leguas de Navarino; y así tuvo tiempo el Ochali para sacar del puerto la esquadra y ponerla bajo el cañon de la fortaleza de Modon. De suerte que la impericia náutica de sus enemigos le ayudó á ser nuestro verdugo.

dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo viéron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltáron todos á un tiempo los remos, y asíéron de su Capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le diéron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían (1). Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el

(1) Marco Antonio Arroyo dice que murió este capitán, llamado Mahamet ó Hamet Bey, á manos de un su esclavo cristiano, y los demas lo hicieron pedazos á bocados. (Relacion de la Armada de la Santa Liga: fol. 98, b.) Geronimo Torres de Aguilera refiere que el baxel que se le tomó era hermosísimo, y que fue traído á Nápoles, y en memoria desto se le puso nombre: La Galera Presa. (Cronica de varios sucesos: fol. 88, b.) Estos dos autores se hallaron en la batalla de Lepanto, igualmente que Cervantes. El P. Haedo añade que este moro desapiadado azotaba á los cautivos que llevaba al remo, con un brazo que habia cortado á otro cautivo cristiano. (Historia de Argel: fol. 123.)

señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel Reyno á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas, que de volver á reynar en él, tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo (1). Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con

(1) Muley Hamida y Muley Hamet ó Mahamet fueron hijos de Muley Hacan, rey de Túnez: Hamida hizo cegar á su padre abaciándole los ojos con una hacha de azofar ardiendo, y le despojó del reyno: Hamet, huyendo de la crueldad de su hermano, se retiró á Sicilia, y vivia en Palermo. Los turcos por medio del Ochalí quitaron á Hamida el reyno de Túnez, que se habia hecho fuerte en la Goleta con esperanza de volver á reynar. Don Juan de Austria echó á los turcos de Túnez, y llamando á Hamet de Palermo, le hizo Gobernador de aquel reyno, y remitió al cruel Hamida á poder de Don Carlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia. En la carta, donde dice que se le enviaba, hay esta posdata, toda de su puño: *Ponga V. S. mucho cuidado en regalar quanto pueda á ese ofixido rey, así con buenas palabras y consuelos, como con los efectos que posible le fuerz; pues es justo por el estado en que está. Despues fue conducido Hamida á la ciudad de Nápoles, donde un hijo suyo se convirtió á nuestra santa Fe, y siendo sus padrinos el mismo Don Juan de Austria y Doña Violante de Moscoso, se llamó Don Carlos de Austria, y de la pesadumbre de la conversion del hijo murió poco despues el padre. Del nuevo rey ó Gobernador de Túnez, intitulado el Infante Mu-*

Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y quatro acometió á la Goleta y al Fuerte que junto á Túnez habia dexado medio levantado el señor Don Juan (1). En todos

ley, se conserva todavia una carta original, en que da noticia á Don Juan de Austria del estado en que habia encontrado aquella ciudad, y le pide socorros para mantenerla. Su fecha: *Túnez y Octubre 5o de 1573*. La carta está escrita en castellano, pero la firma está en árabe, y es original del Infante: en nuestra lengua suena así: *Del siervo de V. Alteza el siervo Mahamet; esto es, carta escrita del siervo, ó por el siervo Mahamet, siervo de V. A.* A este nuevo gobierno se siguió no mucho despues la pérdida de la Goleta y de la ciudad de Túnez que refiere Cervantes. (*Torres de Aguilera*: pag. 105. y sig. *Biblioteca Real*: est. G. cod. 45, f. 551 y 556.)

(1) Mandó este General levantar este Fuerte capaz de 8000 soldados extramuros de la ciudad junto á la isla del Estañó, para tenerla sujeta, y poderle socorrer con barcas por el canal de dicho Estañó, y nombró por su general á Gabrio Cerbellon, insigne ingeniero que le construyó: construyóse contra las ordenes de Felipe II, que habia mandado demoler á Túnez; pero bisonicado Don Juan de Austria con la esperanza de coronarse Rey de Túnez, y adulado de sus secretarios Juan de Soto y Juan de Escobedo, se empeñó en conservar aquella ciudad. Esta fue acaso una de las causas por que Antonio Pérez mandó despues matar á Escobedo por orden superior, segun lo confesó en el tormento; y esta lo fue tambien de sus desgracias, junto con la aversion de sus émulos, especialmente de Mateo Vazquez de Leca, canonigo de Sevilla.

estos

estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; aloménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el Fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de Moros y Alárabes de toda la África mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena

lla, secretario así mismo de Estado del rey Don Felipe II. (*Torres de Aguilera*: fol. 107. Don Lorenzo Vander Hammen: *Don Felipe el Prudente*: fol. 98 y 152.)

levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la Fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar, ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el Fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿como podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse Fuerza que no es socorrida (1), y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y mereced que el cielo hizo á España, en permitir que se

(1) En efecto el cardenal de Granvela, virey de Nápoles, y el duque de Sez, virey de Sicilia, solicitados por Don Juan de Austria, no quisieron enviar socorros á la Goleta, ni á Tunex, excusándose con que necesitaban todas sus tropas y galeras contra las empresas del Uchali, y quando el señor Don Juan pudo enviarlos, no se lo permitieron las tormentas del mar. (*Aguilera*: pag. 115.)

asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V. como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el Fuerte, pero fuéronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, peleáron tan valerosa y fuertemente, que pasáron de veinte y cinco mil enemigos los que matáron en veinte y dos asaltos generales que les diéron. Ninguno cautiváron sano de trecientos que quedáron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño Fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanguera, caballero Valenciano y famoso soldado (1).

(1) El Estaño no solo era una isla, sino que fue el antiguo puerto de Cartago. (*Ferreras*.) Habia en él una torre antigua, que amplió Gabrio Cerbellon, y reduxo á la forma de Fuerte con sus cortinas y baluartes, y se

Cautivaron á don Pedro Puertocarrero General de la Goleta, el qual hizo quanto fué posible por defender su Fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo (1). Cautivaron ansimesmo al General del Fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellon, caballero Milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado (2). Muriéron en estas dos Fuerzas

pusieron en él algunas piezas de artillería y hasta setenta soldados de guarnición. De este Fuerte era capitán Zanoguera, ó Sanoguera, y era el último que faltaba que rendir. Sinan Baxá, comandante del ejército de tierra, le envió á decir que se rindiese, y le daría libertad á él y á los que con él estaban. Hizolo así, y después le concedió solamente la de cincuenta soldados. Reconvenido Sinan con su palabra, mostró indignado á Zanoguera la cabeza de Pagan Doria, dándole á entender que haría con él lo mismo, sino se contentaba. (*Aguilera: f. 120. b.*)

(1) El mismo elogio hace de este General Torres de Aguilera, que fue también uno de los soldados, que cautivaron los turcos en la Goleta (*fol. 120 y sig.*) y le defiende de los que le notaron de impericia militar; y con la maledicencia de estos se conformó el autor de un pasquin, que se esparció entonces sobre la pérdida de la Goleta, compuesto de palabras de la Sagrada Escritura, abusando de ellas, y en que entra Don Pedro, en cuya boca se pone aquel lugar de ella: *Ego sicut equus*, etc. (*Biblioteca Real: est. CC. cod. 42, f. 215.*)

(2) Fue General de la artillería de la armada y ejército de Felipe II, caballero del hábito de San Juan, prior

muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad, que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á manos de unos Alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de Moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se exercitan en la pesquería del coral, los cuales Alárabes le cortaron la cabeza y se la truxéron al General de la armada turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece: y así se dice, que mandó el General ahorcar á los que le

de Ungria. No solo fue cautivado, sino tratado ignominiosamente por Sinan Baxá, que le dio un bofetón no obstante sus venerables canas, y le llevó á pie desde Tunex hasta la marina de la Goleta delante de su caballo. Consiguó sin embargo la libertad por el trueque ó congo con él y otros principales españoles é italianos, presos en la Goleta y en el Fuerte de Tunex, y otros principales turcos, que se hallaban en Roma, cautivados en la de Lepantó. (*Huedo: Historia de Argel: f. 77.*)

truxéron el presente, porque no se le habían traído vivo. Entre los christianos que en el Fuerte se perdiéron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilár, natural no sé de que Lugar de Andalucía, el qual había sido Allérez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesia. Dígolo, porque su suerte le truxo á mi galera y á mi banco y á ser esclavo de mi mesmo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al Fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilár, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonriéron (r) y quando llegó á decir de los sonetos, dixo el uno: ántes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga, que se hizo ese Don Pedro de Aguilár que ha dicho. Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de Ar-

nante (1) con un Griego espía (2), y no sé, si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro Lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no liay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que

(1) El natural de Albania. En este tiempo (dice Haedo: *Historia de Argel*: f. 84. b.) se hallaba en Argel el renegado Morato Ruez, arnauta de nacion, que nosotros llamamos Albanés.

(2) Pudo ser espía este griego, como se leía en todas las ediciones; pero parece más cierto que fuese *espay*. Eran los *espays* un género de soldados, al modo de nuestros milicianos, que estando en su casa gozaban de paga muerta, ocupábanse en defender la ciudad, y solo salían á campaña en ciertas ocasiones. (Haedo: *Topografía de Argel*: f. 11.) Hablando Don Lorenzo Vander Hammen de Muley Moïuc, rey destronado de Marruecos, dice: *se hizo... con solos seis mil turcos tiradores, mil azuagos del Cuco, ochocientos espays á caballo, doce piezas de artillería.* (Don Felipe el Prudente: f. 81.) Acaso anteponiendo la *i* á la *a*, de un *espay* se formó por *yerro* de imprenta una *espia*.

mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así.

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrásteis,
Desde la baja tierra os levantásteis
A lo mas alto y lo mejor del cielo.

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitásteis,
Que en propia y sangre ajena colorásteis
El mar vecino, y arenoso suelo.

Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:

Y esta vuestra mortal, triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa mesma manera le sé yo, dixo el

Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subiéron vivas á mejor morada.

Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Diéron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:

Mas no mas justas, de su duro seno,
Habrán al claro cielo almas sulido,
Ni aun el sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le diéron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el Fuerte, los Turcos diéron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las mu-

mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así.

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrásteis,
Desde la baja tierra os levantásteis
A lo mas alto y lo mejor del cielo.

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitásteis,
Que en propia y sangre agena colorásteis
El mar vecino, y arenoso suelo.

Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:

Y esta vuestra mortal, triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa mesma manera le sé yo, dixo el

Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subiéron vivas á mejor morada.

Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Diéron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:

Mas no mas justas, de su duro seno,
Habrán al claro cielo almas sulido,
Ni aun el sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le diéron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el Fuerte, los Turcos diéron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las mu-

rallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchali, al qual llamaban *Uchali Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decien den de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran señor catorce años, y á mas de los treinta y quatro de su edad renegó de despecho de que un Turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dexó su Fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en

aquel señorío. Era Calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartiéron como él lo dexó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado Veneciano, que siendo grumete (s) de una nave, le cautivó el Uchali (1), y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados

(1) Uchali, ó Ochali, es corrupcion de Aluch Ali, que quiere decir el nuevo moro, ó el renegado Ali. Fue natural de Licasteli en Calabria: hecho turco se halló el año de 1560, en la derrota de los Gelves, donde fueron cautivados mas de diez mil españoles, entre ellos Don Alvaro de Sande, Don Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, Don Sancho de Leiva: siendo rey de Argel el año de 1568, dió auxilio y ayuda á los moriscos en la guerra de Granada: nombrado de resultas de la batalla de Lepanto, el de 1571, general de la armada del Turco, se halló el año siguiente en Navarino, quando estuvo para caer en manos de Don Juan de Austria: murió de veneno despues del año de 1580: tenia toda la cabeza pelada de la tiña: era alto de cuerpo, robusto, moreno, y ronco de voz, que sino ca de cerca, no se le podía entender bien: acostumbraba á vestirse de negro el día que se hallaba de mal humor, y no queria que le hablasen de negocios. (Haeo: Historia de Argel: f. 89, b.)

garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón, y ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los Turcos llaman baño (1), donde encierran

(1) Los Baños de los cautivos cristianos son unos como corrales grandes con algunos aposentillos y chozas alrededor, y en estos Baños encierran de noche los moros á los cautivos, que andan sueltos; que los presos estan en las mazmorras, atormentados en diferentes generos de prisiones. Asi se dice en un manuscrito del

los cautivos christianos, así los que son del

siglo pasado. (*Biblioteca Real*: est. H. cod. 89, p. 375. b.) En otra Relacion impresa el año de 1659, y escrita por un cautivo rescatado, que da noticia de como se vivia en Argel, se refiere que en estos Baños habia quatro iglesias, donde decian misa todos los dias doce sacerdotes: se celebraban los officios divinos con decencia: se predicaba: se hacian procesiones: habia siete cofradias con sus mayordomos: y la cera, ornamentos y demas gastos se costaban de las limosnas que se recogian entre los cautivos. Entretenianse estos tambien con varios juegos, y representaban comedias, especialmente en la noche de Navidad, como dice el mismo Cervantes en la de *Los Baños de Argel* (p. 78.) donde finge que se recitó un *Coloquio Pastoral* de Lope de Rueda, del qual traslada un fragmento en verso, muy apreciable y raro, porque las comedias que se conservan de Rueda, son en prosa. Lope de Vega habla asimismo (*Los cautivos de Argel*: P. XXV. p. 277.) de las comedias que se hacian en los Baños, y de los romances que se cantaban en ellos. ¿Quién sabe si Cervantes compuso en su cautiverio una á lo menos de las dos que andan impresas sobre el trato que se daba en Argel á los esclavos, y algunos de los romances infinitos, de que hace mencion en el cap. IV, del *Viaje del Parnaso*? En la comedia de la *Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo*, natural de Málaga, que siendo niña fue cautivada por Morato Arraez por los años de 1600, y presentada al Gran Turco, supone que en el Serrallo se cantó un romance, y se hizo un bayle cantado, de los que tanto se usaban en los teatros con el nombre de jácara bayladas, inventados por Alonso Martinez. (*Comedias*: fol. 150.) Y Lope de Vega añade en *La Circe* (fol. 116. b.) que en el mismo Serrallo se representó por los cautivos y por algunos moriscos de los expulsos de España la comedia intitulada: *La Fuerza Lastimosa*.

Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacén, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. También los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahínco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixé mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aproveché nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en

aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oír y ver á cada paso las jamas vistas, ni oídas crueldades que mi amo usaba con los christianos. Cada dia ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el Género humano (1). Solo libró bien con él un soldado Español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni

(1) Este amo del cautivo era veneciano, y se llamaba Andreta: fue cautivado siendo tagarote ó pendolista del escribano de una nave Ragusa, y hecho turco se llamó Asan Agá, ó Asan Baxá. Siendo su amo el Uchali, rey de Argel, fue su elamir ó tesoroero; y habiendo sido él mismo dos veces rey de Argel, y una de Trípoli, fue nombrado en Constantinopla por general de la mar. Murio invencenado por Cigala, envidioso de su cargo, en que sucedió con efecto. *Haedo: (Historia de Argel: fol. 89. 6.)*

le dixo mala palabra : y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez : y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia (1). Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un Mororico y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros, que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres

(1) El Saavedra, aquí mencionado, es el mismo Miguel de Cervantes, que solo en este lugar habla de sí expresamente, pues el héroe de esta novela del Cautivo es el capitán Biedma, como se declara mas adelante, bien que los dos padecieron juntos el cautiverio baxo la tiranía de Asan Agá. Y en confirmacion de las trazas y atentados que intentó Cervantes en Argel para conseguir su libertad, dice el P. Haedo : *De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses, que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes, se pudiera hacer una particular historia* (Topografía de Argel : fol. 184.) y á esta puede ser que aludiese aquí nuestro autor.

compañeros,

compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas christianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos y ví, que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debaxó de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como si dixeran, no con la cabeza. Volvióse el christiano, y tornáronla á baxar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debaxó de la caña, la dexaron caer, y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el qual ví un nudo, y dentro dél venian diez cianis, que son unas monedas de oro baxo que usan los

Moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar, de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana y vi, que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos, ó imaginámos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hicimos (t) zalemas á uso de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volviéron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna christiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debia de ser christiana

renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasáron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procurámos con toda solícitud saber, quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna christiana renegada, jamas hubo quien nos dixese otra cosa, sino que allí vivia un Moro principal y rico, llamado Agimorato, Alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estábamos, de que por allí habian de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos (u) la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos;

pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dexáron caer. Desaté el nudo, y hallé quarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos (v) todas nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leería el papel, cerráron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Marcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse á tierra de christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á christianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que

se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de christianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de christianos, y que por eso venian en curso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilan con la Iglesia sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se vuelven á Berbería, á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de christianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos quanto era posible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y ne solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dixé que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyén-

dole, murmurando entre los dientes. Pregúntele si lo entendia : dixome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dinosle luego lo que pedía, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dixo : todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice : *Lela Márien*, quiere decir : *nuestra Señora la Vrgen María*. Leímos el papel, y decia así :

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava (1), la qual en mi lengua me

(1) Llamábase Juana de Rentería. Dícelo el mismo Cervantes en la comedia de *Los Baños de Argel*, en que se repite este mismo caso de la mora Zorayda. Pregúnta el cautivo Don Lope al renegado Hazen :

*Está acaso alguna esclava,
Ya renegada, ó cristiana,
En esta casa? Hazen. Una estaba
Años ha, llamada Juana?
Sí, sí, Juana se llamó,
Y el sobranombre tenía.*

*Cree que de Rentería,
D. Lope. Que se hizo? Hazen. Ya murió,
Y á aquesta mora vivió.*

mostró la Zala christianesea, y me dixo muchas cosas de Lela Márien. La christiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, y me dixo que me fuese á tierra de christianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya : muchos christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo : mira tú, si puedes hacer, como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos murfuges (1). Desto tengo mucha pena, que

*Que denantes os decia.
Ella fue una gran matrona,
Archivo de cristiandad,
De las cautivas corona :
No quedó en esta ciudad
Otra tan buena persona, etc.*

(Jornada primera.)

(1) Astutos, arteros, engañadores. El arcipreste de Hita

quisiera que no te descubrieras á nadie,
 porque si mi padre lo sabe, me echará
 luego en un pozo y me cubrirá de piedras.
 En la caña pondré un hilo, ata allí la
 respuesta, y si no tienes quien te escriba
 arábigo, dímelo por señas, que Lela (1)
 Marien hará que te entienda. Ella y Alá
 te guarde, y esa cruz que yo beso mu-
 chas veces, que así me lo mandó la
 cautiva.

Mirad, señores, si era razon, que las

llamó á Fernand Garcia: *trojider, falso, marfusa*; y á la
 raposa por sus astucias: *Doña Marfusa*. (Sanchez:
Poesias antiguas castellanas: tom. IV, copl. 109
 y 522.)

(1) Fr. Pedro de Alcala (*Arte para saber la lengua
 arabiga*: en los nombres que empiezan por do) dice que
Lel-la es un pronombre, que en castellano equivale á
Doña. Doña viene de *domina*: de *domina* se dice *domna*,
 y de aquí *doña*: conque *Lel-la Marien*, quiere decir:
Maria señora, ó la *señora Maria*. Antes que la esclava
 diese noticia á Zorayda de Maria Santísima, es de presumir
 la tuviera ya ella; porque en el capítulo, division, ó
sura 19. del *Alcoran* se trata en todo él de Maria y de
 Jesus. Confésasele á la Madre su virginidad, y al Hijo su
 concepcion sobrenatural: tributáseles otras muchas ala-
 banzas, aunque mezcladas con los absurdos y delirios, en
 que abunda aquel inmundo código. (Véase el *Alcoran*
 traducido al latin, é impugnado ó refutado por el P. Hipo-
 lito Marracci, clérigo erudito de la Madre de Dios: tom. I,
 pag. 428.)

razones deste papel nos admirasen y ale-
 grasen: y así lo uno y lo otro fué de ma-
 nera, que el renegado entendió, que no
 acaso se habia hallado aquel papel, sino
 que realmente á alguno de nosotros se ha-
 bia escrito: y así nos rogó, que si era ver-
 dad lo que sospechaba, que nos fiásemos
 dél, y se lo dixésemos, que él aventuraria
 su vida por nuestra libertad: y diciendo
 esto, sacó del pecho un Crucifixo de met-
 tal, y con muchas lágrimas juró por el Dios
 que aquella imágen representaba, en quien
 él, aunque pecador y malo, bien y fiel-
 mente creia, de guardarnos lealtad y se-
 creto en todo quanto quisiésemos descu-
 brirle, porque le parecia y casi adivinaba,
 que por medio de aquella que aquel papel
 habia escrito, habia él y todos nosotros de
 tener libertad, y verse él en lo que tanto
 deseaba, que era reducirse al gremio de
 la Santa Iglesia su Madre, de quien como
 miembro podrido estaba dividido y apar-
 tado por su ignorancia y pecado. Con
 tantas lágrimas y con muestras de tanto
 arrepentimiento dixo esto el renegado,
 que todos de un mismo parecer consenti-
 mos y venimos en declararle la verdad del
 caso, y así le dimos cuenta de todo sin

encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordamos ansimesmo que sería bien responder al villete de la Mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fuéron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondió fué esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon, que te vayas á tierra de christianos, porque te quiere bien. Ruégale tú, que se sirva de darte á entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos christianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos hasta morir. No dexes de escri-

birme y avisarme lo que pensáres hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un christiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen christiano, y sabe que los christianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Alá y Márien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver, quien la ponía, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dexáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda

de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella mesma noche volvió nuestro renegado, y nos dixo, que habia sabido, que en aquella casa vivia el mesmo Moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el qual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los Vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo, que tuvo una christiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en que orden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de christianos, y en fin se acordó por entónces, que esperásemos al aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedá-

mos en esto, dixo el renegado, que no tuviésemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclínose á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á léer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así decia:

Yo no sé, mi señor, como dar orden que nos vámos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de christianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardín de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados:

de allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fías de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y christiano. Procura saber el jardin, y quando te pasées por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decia y contenia el segundo papel, lo qual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mesmo: á todo lo qual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria, que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado, quan mal cumplan los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le

habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque lá libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazón habia acaecido á unos caballeros christianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al christiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas, que si la Mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque

se temen que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para irse á tierra de christianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un Moro Tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la Mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo

el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer Juma, que es el viérnes, se iba al jardín de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria quanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto que no lo echaria ménos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader Valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer baxel que viniere de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardín, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su par-

tida, rogándome, que si me rescatase supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondiéndole en breves palabras, que así lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, diéron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mi rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la mesma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias, quando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un Lugar que se llamaba (x) Scargel (1), que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos, ó tres veces hizo este viage en compañía del Tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Ber-

(1) En otro tiempo fue ciudad muy principal (dice el P. Hacedo) y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berberia, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos. (Historia de Argel: fol. 155.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
CALLE DE LAS ESCUELAS, 10
40100 BURGOS

tida, rogándome, que si me rescatase supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondiéndole en breves palabras, que así lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, diéron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mi rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la mesma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias, quando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un Lugar que se llamaba (x) Scargel (1), que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos, ó tres veces hizo este viage en compañía del Tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Ber-

(1) En otro tiempo fue ciudad muy principal (dice el P. Hacedo) y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berberia, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos. (Historia de Argel: fol. 155.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
CALLE DE LAS ESCUELAS, 10
40100 BURGOS

bería á los Moros de Aragon, y á los de Granada *Mudéxares* (1): y en el Reyno de Fez llaman á los Mudéxares, *Elches*, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su harca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponía el renegado con los Morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedía fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dixo, y decille, que él era el que por

(1) Llamábanse tambien mudexares ó mudaxares aun en España los del reyno de Murcia, y especialmente los del valle de Ricote, que por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos fueron exceptuados en los primeros bandos de la Expulsion; pero fueron comprehendidos finalmente en el de 19 de octubre de 1615. Salieron de las villas, de que consta este valle, y de otras trece mas, 200,500 moriscos, exceptuados los viejos, enfermas, niños, y niñas de ocho años, y algunos que se metieron legos, y siendo casados, sus mugeres religiosas, tambien legas. (Procion y Destierro de los Moriscos: por Fr. Marcos de Guadaluara: fol. 56 y siguientes.)

orden mia la habia de llevar á tierra de christianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro ni Turco, sino es que su marido, ó su padre se lo manden: de christianos cautivos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el qual viendo quan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo quando y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero, no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos christianos que bogasen el remo, me dixo que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad:

y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros christianos, no les dixesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de christianos podia volver: y así determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el qual

me dixo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y Moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que que buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclavo de Arnaute Mamí (1), y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que quanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya habia mucho que me habia visto, y como las Moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los christianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le

(1) Este cosario fue el que cautivo á Cervantes, y era (dice el P. Haedo) *tan cruel bestia, que tenia su casa y baxeles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerisimas causas.* (Topografía. é Historia de Argel: fol. 122.)

dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego quando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcaxes (que así se llaman las manillas, ó axorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las Moras es, adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas perlas y aljófar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo qual era señora esta que ahora lo es mia. Si

con todo este adorno podia venir entón-ces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, qual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe, que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó baxen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó alomenos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnauté Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó: si era caballero, y que era la causa que no me rescataba? Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia

dado por mí mil y quinientos (y) zoltamis: á lo qual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros christianos, siempre mentis en quanto decís, y os haceis pobres por engañar á los Moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas hay en el mundo. ¿Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixé, porque está aquí un baxel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dexará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí

yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió (z) muy de verás su padre, y dixo: guala (1), christiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino (z), que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un Moro corriendo, y dixo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado quatro Turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo,

(1) Palabra morisca, que consta de la particula *guc*, en castellano *y*, y del nombre *Alá*, Dios, que junta con ella es una formula de juramento, que entre los moros equivale al de *Por Dios* entre los christianos.

(z) Esto es, que hablaba castellano.

y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los Moros á los Turcos tienen, especialmente á los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que á ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dixo su padre á Zorayda: hija, retírate á la casa y encierrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, christiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llevete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los Turcos, dexándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado: pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, quando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dixo: *¿amexí*, christiano, *amexí*? que quiere decir: ¿vaste, christiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primero (A) Juma (1) me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra

(1) El dia viernes, como ya dixo el autor.

de christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrámbos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los Turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimesmo di á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que que tenia; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada destes canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro; y aun no enxutos los ojos de lágrimas, vol-

vió á decir, *amexl*, christiano, *amexi* (1): vete, christiano, vete. Á lo que su padre respondió; no importa, hija, que el christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los Turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dixe yo á su padre; mas pues ella dice que yo

(1) Dos veces se dice tambien arriba *amexi* en todas las ediciones, y en ambos lugares da á entender nuestro autor que esta voz es una misma, pues dice que Zorayda la *volpio á decir*; pero es distinta; y así la primera vez debe escribirse *tamexi*, que es segunda persona del presente de indicativo, que significa: *tú te vas, ó vante?* y la segunda, ó en este lugar, debe escribirse *amexi*, que significa *vete*, por ser segunda persona de imperativo. (Así lo dice Fr. Pedro de Alcalá en su *Vocabulista*, ó *Arte para saber la lengua arabiga*: art. 1.) Aunque deba suponerse que Cervantes supiese algo de arabe, no hay que estrañar que no alcanzase estas distinciones: ó acaso en su original estaba escrito *tamexi*; pero como el palo de las tees que hacia no sobresalia por encima del que atraviesa, estaria la *t* como incorporada con la caja de la *a*, y el impresor Juan de la Cuesta confundió las dos letras: mayormente no siendo este de los mas perspicaces lectores, pues en la portada de la primera impresion de la Parte I de esta Historia, en lugar de *conde de Benalcazar* leyo ó imprimio *conde de Barcelona*.

me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada, que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto, porque tú, ni ninguno de los christianos la enojaban, sino que por decir que los Turcos se fuesen, dixo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrámbos, y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion y

largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al día que yo con Zorayda hablé en el jardín, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los christianos que habian de bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el baxel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los Moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos viéron se viniéron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudámos si seria mejor, ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los Moros Tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado.

renegado, diciéndonos, que en que nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Diximosle en lo que reparábamos, y él dixo, que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al baxel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dixo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los christianos. Los Moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, ó casi ningunas tenían, se dexáron, sin hablar alguna palabra, maniar de los christianos, los quales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los Moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Heclo ya esto, quedándose en guarda dellos

la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimesmo el renegado la guía, fuimos al jardín de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellissima Zorayda aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baxa, si éramos *Nizarani*, como si dixera, ó preguntara, si éramos christianos. Yo le respondí que sí, y que baxase. Quando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra baxó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mesmo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua morisca: si estaba su padre en el jardín? Ella respondió que sí, y que dormía. Pues será me-

nester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín. No, dixo ella: á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis: y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el qual me lo contó, á quien yo dixé, que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese: la qual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardín, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran christianos, y dando muchas grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: christianos, christianos, ladrones, ladrones, por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y te-

merosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fuéron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron, se diéron tan buena maña, que en un momento baxaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, quando ya estábamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle

á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas Moros que atados estaban, le dixo al renegado, que me dixese le hiciese merced de soltar á aquellos Moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dixo, y yo respondí, que era muy contento, pero él respondió, que no convenia, á causa que si allí los dexaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podría hacer, era darles libertad en llegando á

la primera tierra de christianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de christianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fué nos forzoso dexarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del Lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta (1) millas de Argel, y asimesmo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos (1),

(1) Esto es, seríamos cautivados.

mas que tomaríamos baxel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á quarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dixéron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar

otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dímos de comer á los Moros Tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mesmo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó christianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dárme la, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí

íbamos le acompañamos en él. Pero quando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto, hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirme, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la mesma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: no te causes, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tan-

tas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, que ella es christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. Es verdad lo que este dice, hija? dixo el Moro, Así es, respondió Zorayda. Que en efecto, replicó el viejo, tú eres christiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo qual respondió Zorayda: la que es christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dexarte, ni á hacerte mal sino á hacerme á mí bien. Y que bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, preguntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que (c) no yo. Apenas hubo oído esto el Moro, quando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así

acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacámos medio ahogado, y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y dolorso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los Moros es llamado *el de la Cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala muger christiana*, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *Cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *Rumia*, *christiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexámos jamas los remos de la mano:

comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felicemente (o) diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas Moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los Moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedáron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo: ¿porque pensais, christianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad, que de mí tiene? No por cierto,

sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la dehonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro christiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha ¿adonde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese y acabase: y quando por habérnos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: vuelve,

amada hija, vuelve á tierra, que todo et lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida, si tú le dexas. Todo lo qual escuchaba Zorayda, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino : plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos christianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos : y así consolando yo á Zorayda, atendimos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España ; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le

turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura ó quizá las maldiciones que el Moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del baxel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dixo nuestro renegado : ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos pie-

zas de artillería, y á lo que parecia, ámbas venían con cadenas, porque con una cortáron nuestro árbol por medio, y diéron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vímos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábam. Amaynaron entónces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entraron en él hasta doce Franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos éramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los Franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enémgigos nos despojaron de todo quanto

quanto teníamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la qual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino (x) pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela de donde habia salido, y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo

lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista (e) todas nuestras pesadumbres y pobrezaas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el Capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que queijosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el parage en

que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debía tener, que por allí anduviesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anohecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y poco ántes de la media noche seria, quando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra y besamos el suelo, y con lágrimas de muy (e) alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la

montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mi mas me fatigaba, era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua debiamos de haber andado, quando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion, si alguno se

parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dímos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fuéron el renegado, y Zorayda, y como él los vió en hábito de Moros, pensó que todos los de la Berberia estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros hay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballeria de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de Turco y se vistiese un gilecuelco (n), ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino, que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la Caballeria de la costa:

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
CALLE DE SAN VICENTE, 100

y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrían pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscaban, tanto pobre christiano, quedáron confusos, y uno dellos nos preguntó, si éramos nosotros acaso la ocasión porque un pastor había apellidado (i) al arma. Si, dixé yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quien éramos, uno de los christianos, que con nosotros venian, conoció al ginete que nos había hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto

el christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo, que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos christianos cautivos, se apeáron de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volviéron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dexado, otros nos subiéron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del christiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente

de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros, pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de christianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entónces me engañaba, osara decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo, aloménos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zorayda, dixo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dixímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el christiano que vino con

nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regaláron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los quales el renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas christianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció: solos quedámos Zorayda y yo, con solo los escudos que la cortesía del Frances le dió á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver, si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mía, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya christiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á ser-

virla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme syoy y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la qual, si es agradable y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habéroslo contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadáros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua (1).

(1) Este caso se repite, como queda insinuado, en la comedia de *Los Baños de Argel*: y Lope de Vega le introduce tambien en sus *Cautivos de Argel*. Cervantes le cuenta como verdadero, y así lo expresa tambien al fin de *Los Baños* por estas palabras:

*Dura en Argel este cuento
De amor y dulce memoria, etc.
Y aun hoy se hallarán en él
La ventana y el jardín.*

Y no fue este suceso singular. El P. Sepulveda el Puerto, que escribía en el Escorial lo que pasaba en su tiempo, cuenta que el año de 1595 se vino á España una

señora alemana, muger del Bey, ó Sultana de Argel, cautivada desde niña, valiéndose de un religioso Mercenario, que era uno de sus cautivos. Envióle con cartas para Felipe II, y la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, en que comunicaba sus intentos. Entregadas estas, volvióse el religioso á Argel. Pidió ella permiso al Bey para pasar unos días en un jardín ó casa de recreacion, que tenia fuera de la ciudad hacia la marina. Hacíanse ahumadas para que se entendiese donde se hallaba, segun se había concertado. Mandó S. M. al marques de Denia, virey de Valencia entonces, y despues duque de Lerma y valido de Felipe III, que enviase una barca á Argel. Y la Sultana (dice el P. Sepulveda) con lo mejor y mas rico que tenia, y las mejores joyas entró en ella, y metió veinte personas que con ella estaban, y danse luego á la vela. Una mora de aquellas que se embarcaron con ella, como vio que la barca venia para España, empezó á dar voces que las ponía en el cielo: fue forzoso el matarla. Luego á las voces se alteró la tierra: salieron mil baxeles tras la barca; pero trajan buen rato de delantera, y así no permitió Dios que la alcanzasen: llegó finalmente la Sultana á Valencia, y fue muy agasajada de la Ciudad y del Virey, que la paseó en su coche por toda ella. Fino á la Corte, fue bien admitida del Rey y demas personas reales, y dexando á su elección el pueblo donde quisiese vivir, escogió á Valencia, donde pasaba la vida con una pension que la señaló S. M. (Biblioteca Real: est. H. cod. 160, tom. II, pag. 14.)

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el Cautivo, á quien Don Fernando dixo: por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso, ha sido tal, que ignala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escucharle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara: y en diciendo esto, Don Antonio (κ) y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verda-

deras, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesissimamente el Cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidiéron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dixo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huésped, y dixo: señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas, si es que su merced del señor Oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un

hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte, que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura, como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dixo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas

y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta diéron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se en-

trasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazón y bar-runtos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían, como se llamaba, y si sabía de que tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oído decir, que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relación y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel Oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, como iba proveído por Oidor á las Indias en la Audiencia de México: supo tambien,

tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, que modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recebia (1) con buenas entrañas. Déxeme á mí el hacer esa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido; ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos, dármelo á conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trataré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el Cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve

cautivo algunos años, la qual camarada, era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infantería Española: pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestro de Campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jor-

nada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad succincta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. Á todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de quando los Franceses despojaron á los christianos que en la barca venían, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado: de los quales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los Franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándose los ojos de agua, dixo: ó señor, si supiédes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me

es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno exercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y

allicciones, ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos Franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será (1) que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los míos! ¡Ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Ó Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejan-

(1) Acaso falta la palabra *causa*, *ocasion*, ú otra semejante.

tes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima.

Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se viniéron Luscinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrámbos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cóllese vuestro deseo de todo el bien que acertare á descarse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora que tanto bien le hizo: los Franceses que os dixé, los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso (n) ambas manos

en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrámbos hermanos se dixéron, los sentimientos que mostráron, apénas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se diéron cuenta de sus sucesos, allí mostráron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la christiana hermosa y la Mora hermosísima renováron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertáron, que el Capitan y Zorayda se volbiesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la

Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolución todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodádose como ménos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que

todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podía imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolución todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodádose como ménos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que

todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podía imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

MANISERO soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que quantas vió Palinuro.

Yo no sé adonde me guía,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso
son nubes que me la encubren,
quando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que

dexase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz, que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazandose estrechamente con Dorotea, le dixo: ¡ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertásteis? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas. No essino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de

la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dixo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme: que es lo que decís de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oírle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que también se admiró Dorotea: la qual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguían en esta manera:

Dulce esperanza mía,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la vía,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razón, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es casa manifiesta,
Que no es de estima lo que poca cuesta.

Amerosas porfías
Talvez alcanzan imposibles cosas,
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezele
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, que era lo que le quería decir denantes. Entónces Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podía hablar sin ser de otro sentida, y así le dixo: este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero, natural del Reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni

lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dexé estar sin darme otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dexarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y así el día que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson puesto en há-

bito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á burto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran (n) estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto

os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver, que no es mozo de mulas como decís, sino Señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digáis mas, señora Doña Clara, dixo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digáis mas, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara; que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dexase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años.

años, que para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quan como niña hablaba Doña Clara, á quien dixo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las quales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó alomenos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimesmo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa:

ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que hay en el mundo, y que hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las miéntes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras (1), quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuidado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á mi muerte, y que premio á mis servicios. Y tú sol, que ya debes de estar aprieta en-

(1) La luna, ó la diosa Diana, como dixo Virgilio:

Tria virginis ora Diana.

(*Æneid. lib. 4, v. 511.*)

sillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de ti, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entónces, zeloso y enamorado (1). Á este punto llegaba entónces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion,

(1) Esta Ingrata fue Dafne, que huía de Apolo, que es el sol, por las riberas del Peneo, el mejor rio de Tesalia, como dice Plinio. (*Hist. lib. 4, cap. 8.*)

que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dixo: lastima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible responderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del

sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dixo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quixote daría la mano que le había pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se baxó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quixote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dixo: tomad, señora, esa

mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis, que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritónes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxandose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritónes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dexá-

ron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar, que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las Damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, quando en aquel mismo castillo le molió aquel Moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si po-

día soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamiento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exâgerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviere encantado, que sin duda alguna se habia creído que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y haciale creer esto, ver que

Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, quando llegaron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviáos afuera, y esperad que aclare el día, y entónces veremos si será justo, ó no, que os abran. ¿Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que

nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de prisa. ¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta Provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venían, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornáron á llamar con grande furia, y fué de modo que el



UNIVERSIDAD AVTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AVTONOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE LA UNIÓN, 100
LEÓN, ESPAÑA



PART. I, CAP. XLIII. 187

ventero despertó, y aun todos quantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla dieron con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse,

engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo (1).

ALERE FLAMMAM
VERITAT

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

Exefeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero desparovido á ver quien tales gritos daba, y los

(1) Otros dos casos semejantes á este, el uno fingido como el de Don Quixote, y el otro verdadero, se refieren tambien. El fingido le sucedió á Virgilio, de quien se dice falsamente que era dado al estudio de la magia, y que una muger, con quien quiso disputar en Roma, y á quien tenia afición, le engañó, y en virtud de un encanto mas poderoso le hizo bajar por una torre, metido en una cesta, dexándole colgado á la mitad de ella á vista del pueblo romano, como dice Gradian du Pont. (*Contraverfias del sexo femenino y masculino*, citadas por el autor del Gran Diccionario Critico, V. *Virgilio*). El verdadero sucedió á mosen Bernat (ó Don Bernardo) de Cabrera, gran privado del rey Don Pedro de Aragon, que estando preso, y sin

que estaban fuera, hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mesmas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegando á él, le preguntáron, que tenia

perjuicio de la causa, dispusieron hacerle una afrentosa burla por medio de una muger con quien tenia amistad; y así con acuerdo de la Justicia y del carcelero le descolgaron por la torre de la prision, y le dexaron suspenso á la mitad de ella. Cuenta este suceso Alonso Martinez de Toledo, arçipreste de Talavera, y capellan de Don Juan II, en el *Coroacho*, ó *Libro de los vicios de las malas mugeres*, donde advierte, que él vio en sus dias infinitos hambres, y aun hembras, que vieron á mosen Bernat. (P. I, cap. 18.)... Pensando (prosigue) que la muger no le engañaria, creyola, é toma una sogá que ella le envió, y el que le guardaba dióle lugar á todo, é dexola limar el cerrojo de la ventana, é abriola, é al primer sueño salió por la ventana, é comenzo á descender por la torre abaxo, y en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa abierta (que allo la llaman xabega) con sus artificios, y quando fue dentro en la red, cerraronla, y cortaron las cuerdas que estaban de alto en la ventana, y así quedó allí colgado hasta otro dia en la tarde, que le llevaron de allí sin comer ni beber, é todo el pueblo de la cibdad é de fuera della, sus amigos y enemigos, le vieron, y vinieron á ver allí donde estaba en jupon, como Virgilio. Podría dudarse si Cervantes tuvo presente alguno de estos dos casos para advertir tambien al lector de los engaños del amor profano.

engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo (1).

ALERE FLAMMAM
VERITAT

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

Exefeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero desparovido á ver quien tales gritos daba, y los

(1) Otros dos casos semejantes á este, el uno fingido como el de Don Quixote, y el otro verdadero, se refieren tambien. El fingido le sucedió á Virgilio, de quien se dice falsamente que era dado al estudio de la magia, y que una muger, con quien quiso disputar en Roma, y á quien tenia afición, le engañó, y en virtud de un encanto mas poderoso le hizo baxar por una torre, metido en una cesta, dexándole colgado á la mitad de ella á vista del pueblo romano, como dice Gradian du Pont. (*Contraverfias del sexo femenino y masculino*, citadas por el autor del Gran Diccionario Critico, V. *Virgilio*). El verdadero sucedió á mosen Bernat (ó Don Bernardo) de Cabrera, gran privado del rey Don Pedro de Aragon, que estando preso, y sin

que estaban fuera, hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mesmas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegando á él, le preguntáron, que tenia

perjuicio de la causa, dispusieron hacerle una afrentosa burla por medio de una muger con quien tenia amistad; y así con acuerdo de la Justicia y del carcelero le descolgaron por la torre de la prision, y le dexaron suspenso á la mitad de ella. Cuenta este suceso Alonso Martinez de Toledo, arçipreste de Talavera, y capellan de Don Juan II, en el *Coroacho*, ó *Libro de los vicios de las malas mugeres*, donde advierte, que él vio en sus dias infinitos hombres, y aun hembras, que vieron á mosen Bernat. (P. I, cap. 18.)... Pensando (prosigue) que la muger no le engañaria, creyola, é toma una sogá que ella le envió, y el que le guardaba dióle lugar á todo, é dexola limar el cerrojo de la ventana, é abriola, é al primer sueño salió por la ventana, é comenzo á descender por la torre abaxo, y en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa abierta (que álla lo llaman xabega) con sus artificios, y quando fue dentro en la red, cerraronla, y cortaron las cuerdas que estaban de alto en la ventana, y así quedó allí colgado hasta otro dia en la tarde, que le llevaron de allí sin comer ni beber, é todo el pueblo de la cibdad é de fuera della, sus amigos y enemigos, le vieron, y vinieron á ver allí donde estaba en jupon, como Virgilio. Podría dudarse si Cervantes tuvo presente alguno de estos dos casos para advertir tambien al lector de los engaños del amor profano.

que tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanza, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: qualquiera que dixere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciendoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que

sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien, que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazón aclaraba el día, y así por esto como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que licitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna,

hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicón en su Reyno, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dixo: por cierto, señor Don Luis, que respondé bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenía asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo,

do, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo Don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo (o) ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer, ó que ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya vestido se habian, á los quales dixo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y

como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, viniéron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fuéron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia (#) en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenersé un punto, volviese á consolar á su padre. El respondió, que en ninguna manera lo podia

hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfia todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quixote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian; que les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dixo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y quando ella no bastare con vues-

tra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dixo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente y conoció e, y abrazándole dixo: ¿que niñerías son estas, señor Don Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le viniéron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el qual dixo á los quatro, que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyéron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, vien-

do á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiescn con los puños: y así le comenzáron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo qual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flemma: hermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexé vencer en

ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. Pecadora de mi! dixo á esto Maritórnes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis mas que medianamente satislechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, abrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así

como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian, que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderial; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor, y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexámos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido: á lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no

sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el

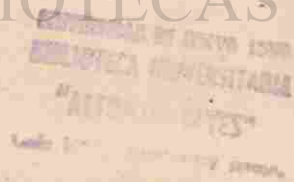
modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estoviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luis, del qual sabia que pretendia hacer de Título á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el

barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual barbero, llevando su yumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: á Don ladrón, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robáste. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladrón salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos depojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PART. I, CAP. XLIV. 203

escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mía, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dexará mentir, si no pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitáron tambien una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifesto hasta que la verdad se aclarase, dixo: porque vean vuestras mercedes clara y manifestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legitima y lícita posesion: en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUEENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballeria: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mesmo que yo le quité, sin haber añá-

dido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora (o) no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¡QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á

lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballeria: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mesmo que yo le quité, sin haber aña-

dido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora (o) no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciuelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¡QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á

todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la hurla, para que todos (n) riesen, y dixo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierta, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la habera. Así es, dixo el Cura, que ya había entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mesmo confirmó Cardenio, Don Fernando

y sus camaradas; y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendía á aquellos donayres. ¡Válame Dios! dixo á esta sazón el barbero burlado; que es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yelmo? cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una Universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dixo Don Quixote, que son tantas y tan extranas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto

en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un Moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora (s) en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la dilinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera

y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros, que acaso habian llegado á la venta, que tenían parecer de ser quadrille-ros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de

jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero (1), si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mi albarda, y no jaez: pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me

(1) En las primeras ediciones, y en todas las que he visto, dice *el sobrebarbero*; pero se ha considerado ya como una de las muchas erratas de imprenta que se hallan en la primera, procedida de haber leído la *p* del original por *s*, y de haber formado una palabra sola de dos. Lo cierto es que la extraña e insignificante voz de *sobrebarbero*, como efecto de una combinación inadvertida, ni se lee en libros, ni en ningún vocabulario castellano; y que por otra parte el estilo y costumbre de Cervantes es aplicar el adjetivo *pobre* á las personas á quienes sucede algun contratiempo ó caso adverso. Y así dixo: *el pobre caido* (P. I. t. II, c. IV, p. 54, l. 27.); *el pobre apalcado* (p. 55, l. 19.); *el pobre difunto de Crisostomo* (c. XII, p. 159, l. 18.); *el pobre señor* (t. II, c. XV, p. 209, l. 4.); *á mi pobre padre* (t. IV, c. XLIV, p. 197, l. 16). A este modo pues llamó *pobre* al *barbero*, siéndole desesperado, confuso, y apurado de paciencia, porque, á pesar de lo que veía y sabía, querían hacerle creer que la bacía era yelmo, y la albarda jaez de caballo.

he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necesidades que decia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazón dixo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia: porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo; al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrieca, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y quistion, lleno

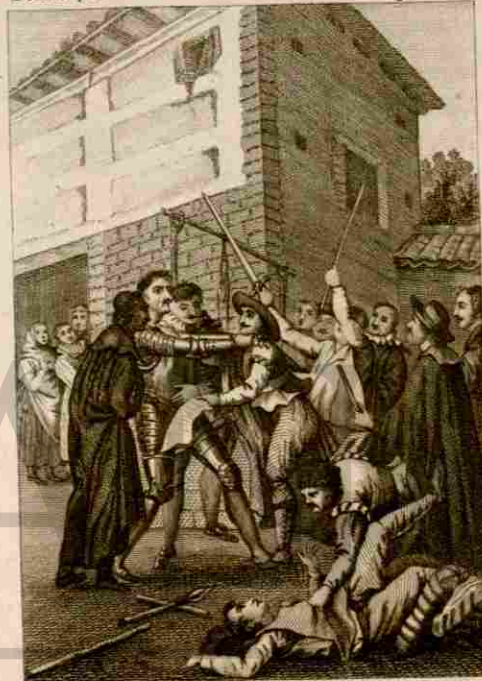
de cólera y de enfado, dixo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dixere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero, se le dexara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros que viéron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese. El barbero viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mesmo hizo Sancho. Don Quixote puso mano á su espada, y arremetió á los quadrilleros, Don Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él, y acorriesen á Don Quixote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quixote. El Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se affigia, Maritórnes lloraba, Dorothea estaba confusa, Luscinda suspensa,

y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, Don Luis, a quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre, el Oidor le defendía. Don Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote, que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dixo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envaynen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos, como

se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pónganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros que no entendían el frásis de Don Quixote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegar: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estuviéron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba, que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el día

del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volviéron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenía, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fué acordado, que Don Fernando dixese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determináron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viesse lo que su padre les ordenaba. Desta manera se

apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de qualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delinquentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y po-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quixote, y iba co-tejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apénas se hubo certificado, quando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y á grandes voces decía : favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este saltador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad quanto el quadrillero decía, y como convenia con las señas con Don Quixote, el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al quadrillero con entrámbas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida ántes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FEB 1955

luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pependencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo viendo lo que pasaba: vive el señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al quadrillero y á Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dárselo atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Refase de oír decir estas razones Don Quixote, y con mucho sosiego dixo: venid acá, gente soez y mal nacida, saltear de caminos llamas al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los

menesterosos? ¡Á gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quien fué el ignorante, que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quien fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballería? ¿Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿que sastré le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿que Castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar

el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

En tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dexar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no

tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, si quiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ámbas partes quedaron, si no del todo contentas, aloménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le lizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que

el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

En tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dexar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no

tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, si quiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ámbas partes quedaron, si no del todo contentas, aloménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le lizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que

eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de quanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último

ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote habia dicho, sino la mesma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha eloqüencia del señor Cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose pues Don Quixote libre y desembarazado de tantas pendencies, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y así con resuelta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie, y le dixo: es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la sollicitud del negociante trae á buen fin el pleyto dudo-

so; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad, que en las de la guerra adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece, que la estada vuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun día: porque quien sabe, si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruirle, y dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dixo mas Don Quixote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa Infanta, la qual con ademan señorial y acomodado al estílo de Don Quixote, le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo

que

que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anexo y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos: y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus Señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. Á la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el desco y el camino, porque suele decirse, que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la Reyna, y despedámonos del Castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba pre-

iv.

15

sente, dixo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Que mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dexaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hocieando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del

premio que merecian sus deseos, lo qual habia visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura, mas era de dama cortesana que de Reyna de tan gran Reyno, y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dexole proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darne prisa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O vilame Dios, y quair grande que fué el enojo, que recibió Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamada lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dixo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente: tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa

imaginacion? Vete de mi presencia monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellasquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las Reales personas, vete, no parezcas delante de mí, sopena de mi ira: y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio á nadie: y así se ha de creer, sin poner duda en

ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo á esta sazón Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es, y así será, dixo Don Fernando, por lo qual debe vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quixote respondió, que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dexado besar, le echó la bendicion, diciendo: agora (r) acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras

muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió Don Quixote, que si así fuera, yo te vengara entónçes, y aun agora; pero ni entónçes, ni agora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Deseáron saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Panza, de que no poco se riéron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteadó por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos días eran ya pasados los que habia que tada aquella ilustre compañía estaba en la venta: y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, diéron orden, para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote á su

aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenáron fué, que se concertáron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hiciéron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote, y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura se cubriéron los rostros y se disfrazáron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entráron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le atáron muy bien las manos y los pies de modo, que quando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños

visages (1) : y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo á punto como había pensado que sucedería el Cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio, y en su misma figura: el qual, aunque le fallaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en que paraba aquel asalto y prision de su amo, el qual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento

(1) A este modo una brigada de paganos prendió y ató á Orlando, estando durmiendo en la cama, y quando mas seguro estaba de tal acontecimiento, como dice Luis Pulci: *(Morgante Maggiore: cant. XII.)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALFONSO REYES
1973



PART. I, CAP. XLVI. 255

se oyó una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia : ¡ó Caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso : la qual se acabará, quando el furibundo leon manchego, con la blanca paloma toboquina, yoguieren (v) en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco : de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rapantes garras del valeroso padre : y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva Ninfa haga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ó el mas noble y obediente escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye, ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mesmos á la flor de la caballería andante : que presto, si al Plasmador del mundo te place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho

tu buen señor: y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayás donde pareis entrámbos: y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé (1): y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuviéron por creer que era verdad lo que oían. Quedó Don Quixote consolado con la escuchada profecía, por-

(1) Otro pronóstico ó profecía semejante á esta, y á que alude acaso Cervantes, se lee en Amadis de Gaula (cap. CXXX). Sale este famoso caballero andante de la maula de la Torre Bernicea en busca de la aventura de la Peña de la Doncella Encantadora, hija del sabio y nigromante Finetor; y al subir de la Peña por un peligroso camino, abierto en ella misma, encuentra á la mitad de él una como ermita, donde habia una imagen, á manera de ídolo de metal, que tenia sobre el pecho una lámina con una inscripcion en griego; pero su interpretacion era facil y llana para el sabio Amadis, porque ademas de ser músico y poeta era tambien antiquario, y sabia latin, y el lenguaje griego, que parte habia aprendido viajando por Grecia, y parte (juntamente con la lengua alemana, y las de otros países) le habia enseñado navegando por el mar el maestro Elisabad, su cirujano y capellan. Supo pues por la inscripcion que la aventura no

que luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha: y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran súspiro, dixo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene á cargo, que no me dexee perecer en esta

estaba guardada para él, sino para Esplandian, hijo suyo y de la hermosa Oriana, al qual crió una leona. Esta aventura consistia en sacar un tesoro encantado de una cámara ó quarto, puesto en la cumbre de la Peña, construido de una sola piedra, y cerrado con dos ajustadissimas puertas, por cuya juntura sin embargo estaba metida una espada *fasta la empuñadura*, de extraño artificio. El que sacase esta espada ganaba ó acababa la aventura, y se hacia dueño del tesoro. La inscripcion decia así: *En el tiempo que la gran Insola florecerá y será señoreada del poderoso Rey, y ella señora de otros muchos reynos y caballeros por el mundo famosos, seran juntos en uno la cabeza de las armas y la flor de la hermosura, que en su tiempo por no ternan: y dellos saldrá aquel que sacará la espada, con que la Orden de su Caballería cumplida será, y las fuertes puertas de piedra seran abiertas, que en sí encierran el gran tesoro.* (Ademas del capitulo citado CXXX veanse el LXXIII y el LXXXIX.)

prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tá-lamo dichoso: y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte, porque quando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrámbas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrámbas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

QUANDO Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dixo: muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamas he leído, ni visto, ni oído, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los ayres con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro

prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso: y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte, porque quando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrámbas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrámbas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

QUANDO Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dixo: muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamas he leído, ni visto, ni oído, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los ayres con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro

camino, que siguiéron los antiguos : y tambien podría ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caballeria aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿ Que te parece desto, Sancho hijo? no sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar, que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¿ Católicas mi padre! respondió Don Quixote como han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consisten en mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios : porque segun se dice, todos hue-

len á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua (1). Decía esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas : y la razon es, que como ellos dondè quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena : y si á tí te parece, que ese demonio, que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.

(1) Eran en efecto tan usados los olores en tiempo de Cervantes, que se gastaban hasta en las comidas. *El cocinero* (dice Don Miguel de Yelgo) *ha de tener unas caxetas, donde tener aguas de olores para dar olor á las tortas, pastels, y empanadas.* (Folleto de servir á Principes : en Madrid 1614. p. 135. b. (Véase otra nota al cap. XXXII. de la P. II.)

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los quadri-lleros, que lo acompañasen hasta su Lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho, que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos quadri-lleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quixote dixo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero

caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos Principes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroásteres, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiéndas jamas le di á nadie: y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el Cura y el Barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del Capitán y de su hermano y de todas aquellas

contentas señoras, especialmente de Doro-tea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al Cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quixote, asegurándole, que no habria cosa que mas gusto le diese, que saberlo: y que él asimesmo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un alorro de la maleta donde se halló la novela del curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió, que pues la del curioso impertinente habia sido buena, que tam-

bien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mesmo autor: y así la guardó con proposito de leerla quando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote, y pusieronse á caminar tras el carro, y la orden que llevaban, era esta: iba primero el carro, guiándole su dueño, á los dos lados iban los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra: y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes: y comunicándolo con el

Cura, fué de parecer el Barbero, que caminasen un poco, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero y así tornáron á proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro y vió que á sus espaldas venian hasta seis, ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fuéron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flemá y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de Canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegáron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que venian, que en resolucion era Canónigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á Don Quixote enjaulado y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaba llevar aquel hombre de aquella manera: aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los qua-

drilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador, ó otro delinquente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los quadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quixote la plática, y dixo: por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para que me canse en decirlas: y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuese descubiertó su artificio. El Canónigo, á lo que Don Quixote dixo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las sùmulas de Villalpando (1): así que, si no está en mas

(1) Escritas con tan buen método, que mandó la universidad de Alcalá se enseñase por ellas la Dialéctica á los estudiantes, como dice Don Nicolas Antonio (*Biblioth. Nova*): el qual añade que Gaspar Cardillo de Villalpando, natural de Segovia, fue colegial mayor de San Ildefonso en aquella ciudad, donde hizo tales progresos en la Teo-

que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. Á la mano de Dios, replicó Don Quixote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepádes, que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de quantos Magos crió Persia, Braemanes la India, Ginosofistas la Etiópia, ha de poner su nombre en el templo de la immortalidad, para que sirva de exemplo y declado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quixote

logia, que fue enviado al concilio de Trento, convocado por Pio IV. y en presencia de aquellos gravísimos Padres hizo alarde del caudal de su eloquencia, de su erudición grecolatina, y de su vasta y profunda teología. La mayor instrucción que mostraba este canónigo en los libros de caballerías, que en las Summas, manifiesta entre otras cosas que aquellos no eran leídos solamente del vulgo.

de la Mancha, dixo á esta sazón el Cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *El Caballero de la Triste Figura*, si ya le oísteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurrecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la mesma admiracion cayéron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oír la plática, para adobarlo todo, dixo: ahora, señores, quíeránme bien, ó quíeránme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quixote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacía ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así ¿como quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oído

decir á muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: á señor Cura, señor Cura ¿pensaba (v) vuestra merced, que no le conozco? ¿y pensará que yo no calo y adivino, adonde se encaminan estos nuevos encantamientos? pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza hay liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su Reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo ménos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo, que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy estan por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y debian es-

perar ver entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador, ó Visorey de alguna Insula ó Reyno, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer á su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quixote dexa de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dixo á este punto el Barbero: ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el señor, que voy viendo, que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes (1) de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la Insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuese, y

(1) Esta palabra carecia en tiempo de Cervantes de la disonancia con que ahora parece ofender á los oídos.

aunque pobre, soy christiano viejo, y no debo nada á nadie, y si Ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, quanto mas Gobernador de una Ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir: y por este mesmo temor habia el Cura dicho al Canónigo, que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hizolo así el Canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle qui o de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio y causa de su desvario, y todo

el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oír la peregrina historia de Don Quixote, y en acabándola de oír, dixo: verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que qual mas, qual ménos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro: y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debaxo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleytar y no á enseñar (1), al

(1) Dixéronse fábulas Milesias, porque se inventaron en Mileto, ciudad de la Jonia, entregada toda á las delicias y pasatiempos: género de fábulas, dice Eras Vives, que

contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleytan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleyte, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve, ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿que hermosura puede haber, ó que proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y que ¿quando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho, que hay de la parte de los enemigos un millon de (x) compitientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos

no se propone otro fin, sino el recreo, y el desperdicio del tiempo, sin que contengan verdad, ni verisimilitud, ni otra utilidad alguna. (T. II. pag. 216.)

pese, habemos de entender, que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿que diremos de la facilidad con que una Reyna ó Emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Que ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo, que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? (1) Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen,

(1) Veneciano, insigne viagero del siglo XIII, en las regiones del Oriente: estuvo 27 años en la Gran Tartaria desde el de 1269, hasta el de 1295: escribió una obra donde se refieren sus peregrinaciones, las cuales se tuvieron un tiempo por cuentos fabulosos, hasta que en las navegaciones que emprendieron los portugueses á la India Oriental, se acreditó la verdad de ellas; y así las han defendido despues los críticos, especialmente el caballero Foscarini (*Della Letteratura Venetiana*: vol. I, p. 414.) Rodrigo Fernandez de Santaella, llamado vulgarmente *maese Rodrigo*, tradujo estos viages en castellano, y se imprimieron en Logroño año de 1529, con el título de *La Historia Oriental*.

los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas, ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mesmo paso la admiracion y la alegría juntas: y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una chimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mi-

rados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república christiana, como á gente inútil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decía: y así dixo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dixo, que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un Capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y eloquente

orador persuadiendo, ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero christiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarron: acá un Príncipe cortes, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Ector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre: ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con

apacibilidad

apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la Poesía y de la Oratoria, que la Épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor Canónigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos Príncipes de la poesía griega y latina. Yo aloménos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he co-

municado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme, que hago cosa agena de mi profesion, como por ver, que es mas el número de los simples que de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros; pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas, como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de

otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y incorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdomme que un dia dixé á uno destes pertinaces: decidme; no os acordais que ha pocos años, que se representáron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos Reynos, las cuales fueron tales, que admiráron, alegráron y suspendiéron á todos quantos las oyéron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y diéron mas di-

neros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el actor, qué digo, que debe de decir vuestra merced por *La Isabela*, *La Filis*, y *La Alexandra*? (1) Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexáron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fué disparate *La Ingratitud vengada* (2), ni le tuvo *La Nu-*

(1) El autor de estas tragedias fue Luperco Leonardo y Argensola, natural de Barbastro, secretario de la Emperatriz Doña Maria, quando vivia retirada en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, y despues lo fue del vireynato de Napoles en tiempo de Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, en cuya ciudad murio el año de 1613. Don Juan Lopez Sedano imprimió la *Isabela* y la *Alexandra* en el tom. VI del *Parnaso Español*, p. 312, haciendo juicio de ellas. La *Filis* no se ha descubierto todavía.

(2) Comedia de Lope de Vega. (P. XIV. año de 1620.) Tiene la excelencia de recaer la ridiculéz sobre el heroe principal, que es Octavio, cuya ingratitude queda plenamente vengada por Lucina, su amante: el estilo es propio, el dialogo vivo y natural; pero no carece de defectos. Los interlocutores son una confusa mezcla de principes, mar-

mancia (1), ni se le halló en la del *Mercader amante* (2), ni ménos en *La Ene-*

queses, hidalgos, pages, lacayos, valentones ó diestros, damas, ramerás, y alcabuetas. Matan en el teatro á Mauricio, criado del marqués de Fineo: suceso nada cómico. Las reglas del arte no siempre se observan. Prenden á Octavio en el teatro, y sale de la cárcel despues de muchos días. Dícelo el mismo:

*No pienses que porque solgo
De prisión de mas de un mes,
Falgo menos que el marqués.*

Act. III.

(1) Comedia, ó por mejor decir Tragedia del mismo Cervantes, de que hace mención en el prólogo de sus *Comedias*, y que se publicó con el *Viage del Parnaso* año de 1789, donde se examina.

(2) De Gaspar de Ayala, ingenio valenciano, mayordomo del duque de Gandia. Obsérvanse en esta comedia las unidades de acción, tiempo y lugar, y no carece de gracia: queda sin embargo algunas veces solo el teatro, y tal vez se juega del vocablo, como quando dice Astolfo á Don Garcia,preciado de hidalgo y linajudo:

*Aunque vos tengais valor,
No penseis que yo no valgo:
Que si es bueno el hijodealgo,
El padre de algo es mejor.*

Su argumento coincide con el de la novela del *Chirioso Impertinente* de Cervantes, Belisario, mercader rico, y amante de Lavinia, hace una donacion absoluta de todos sus bienes en favor del referido Astolfo, su criado (aunque con la condicion verbal de volvérselos á su tiempo) por

miga favorable (1), ni en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido

esperimentar si esta dama le querria igualmente, viéndole pobre: cuya impertinente experiencia pudo haberle costado caro, si Astolfo no le hubiera vuelto el caudal, haciendo valer su escritura de donacion. Hallase esta comedia en la *Segunda Parte* de las doce, que de *laureados poetas valencianos*... ajustadas con sus originales por Aurelio Mey se imprimieron en Valencia año de 1616.

(1) Escribióla Francisco Tarrega, canónigo de Valencia. No se notan en ella con efecto disparates en la observancia de las unidades de acción, tiempo ni lugar; pero se notan otros. La escena es en Nápoles. El Rey se prenda de Laura, princesa. Irene, la Reyna, lo lleva á mal. Introdúcese un juego de cañas. Saca el rey un sombrero guarnecido de plumas, tomadas, como él dice, de uno de los arcángeles. Estimulada la Reyna de los zelos, le dice que mejor sería las hubiese tomado del atril de San Lucas. Moteja Irene á Laura de humilde linage y de poco honesta, y replica Laura:

*Tengo mejores parientes
Que tú, y aun soy mas honrada.*

Irene. *Mientes.*

Dale un bofetón.

Laura. *Bofetón y mientes?*

*De mis manó hará espada,
Y puñales de mis dientes.*

Cierra con ella, y la araña.

Irene. *Aí vengo una traycion.*

Laura. *Yo te quitaré la vida.*

Dase fin á estas riñas, glosando Laura una avemaria en

compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadió á estas, con que á mi parecer le dexé algo confuso, pero no satislecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dixo á esta sazón el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías: porque habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que agora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades é imágenes de lascivia: porque ¿que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page con-

favor de Irene, acusada de adulterio. Esto prueba que observándose las reglas del arte puede hacerse una comedia con algunos defectos.

sejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? ¿Que diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de quatro jornadas, la quarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿como es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del Rey Pepino y Carlo Magno, al mesmo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el Emperador Eraclio, que entró con la Cruz en Jerusalem, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan, que esto

es lo perfecto, y que lo demas es buscar gullurias. Pues que si venimos á las comedias divinas? Que de milagros falsos fingien en ellas (1), que de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles, porque los extrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y dispa-

(1) Aunque no se componen ni representan ya comedias de santos, que eran las que se llamaban divinas, eran comunisimas en tiempo de Felipe II, y por eso dixo el recitante Agustin de Roxas:

*Al fin no quedó poeta
En Sevilla, que no hiciese
De algun santo su comedia.*

(Visge Entretenido: p. 49. Los sobre la Comedia.)

tes de las que hacemos (1); y no seria bastante disculpa desto decir, que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues este se consigue con qualquier comedia buena ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho

(1) El mismo Lope dice de sí en su *Arte nuevo de hacer Comedias*:

*Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas barbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dexo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.*

Sin embargo de esta confesion bien sabia Lope que no faltaban lectores que leian sus escritos con aficion. Algunos hay (dice en el prólogo del Peregrino) si no en mi patria, en Italia y Francia, y en las Indias, donde no se atrevió á pasar la envidia.

mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan: y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que

le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren (1). Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages:

(1) El felicísimo ingenio, de quien habla Cervantes, es Lope de Vega, que en su referido *Arte nuevo de hacer Comedias* confiesa esta deferencia á los representantes y al pueblo por estas palabras:

*Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.*



y todos estos inconvenientes cesarian , y aun otros muchos mas que no digo , con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta , que examinase todas las comedias antes que se representasen : no solo aquellas que se hiciesen en la Corte , sino todas las que se quisiesen representar en España , sin la qual aprobacion , sello y firma , ninguna Justicia en su Lugar dexase representar comedia alguna : y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la Corte , y con seguridad podrian representarlas , y aquellos que las componen , mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian , temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende : y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende , así el entretenimiento del pueblo , como la opinion de los ingenios de España , el interes y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigarlos (1) : y si se diese cargo á otro , ó á este mesmo , que examinase los libros

(1) Véase una nota sobre el cap. XI de la P. II.

de caballerías , que de nuevo se compusiesen , sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho , enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia , dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo , no solamente de los ociosos , sino de los mas ocupados , pues no es posible que esté continuo el arco armado , ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura , quando adelantándose el Barbero llegó á ellos , y dixo al Cura : aquí , señor Licenciado , es el lugar que yo dixé que era bueno , para que sesteando nosotros , tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí , respondió el Cura , y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer , él tambien quiso quedarse con ellos , convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia , y así por gozar dél , como de la conversacion del Cura , de quien ya se iba aficionando , y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote , mandó á algunos de sus

criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y truxesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo qual uno de sus criados respondió, que el acémila del respuesto, que ya debía de estar en la venta, traia recado bastante, para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dixo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y del Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dixo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro Lugar y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese, que no va encantado, sino embaído y tonto. Para prueba de lo qual le quiero preguntar

preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quixote, que yo te satisfaré, y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices, que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos, pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser, que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores, tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me

acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿que quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á quantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy Turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Valame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz, ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea quando ménos piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote,

y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho, que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa debaxo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quixote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me causas con tantas salvas, plegarias y prevençiones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, ¿si le ha

venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comúnmente suele decirse por ahí, quando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene,

y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer conseqüencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dexase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va

venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comúnmente suele decirse por ahí, quando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene,

y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer conseqüencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dexase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va

encantado, según va de malencólico y triste: y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernó á la jaula: en la qual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quixote, y quando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el hoyero, y dexólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quixote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero: el qual rogó al Cura, que permitiese que su señor saliese

por un rato de la jaula, porque si no le dexaban salir, no iria tan limpia aquella prision, como requería la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el Cura, y dixo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todos, dixo el Canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, respondió Don Quixote, que todo lo estaba escuchando, quanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos: y si hubiere huido, le hará volver en volándas, y que pues esto era así, bien podían soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle, les protestaba que no podía dexar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenía atadas, y debaxo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se

alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula : y lo primero que hizo fué, estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dixo : aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos, tú con tu señor acuéstas y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo : y diciendo esto Don Quixote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábase el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondia, mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías : y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del Canónigo, le dixo : ¿ es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que ven-

ga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan léjos de ser verdaderas, como lo está la mesma mentira de la verdad? Y ¿ como es posible que haya entendimiento humano, que se dé á entender, que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turba-multa de tanto famoso caballero, tanto Emperador de Trapisonada, tanto Félix Marte de Ircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bazarria de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantos (x) y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento ; pero quando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca, ó presente le tuviera, bien como á

merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á terminos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon, ó algun tigre de Lugar en Lugar para ganar con él, dexando que le vean. Ea, señor Don Quixote, dúclase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra: y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades

grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego Garcia de Parédes Extremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garcilaso Toledo (1), un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleytar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quixote mio, de la qual saldrá erudito en

(1) No es este el poeta, aunque tambien toledano y soldado valiente, sino otro Garcilaso, que en la Vega de Granada lizo varias proezas militares: entre ellas la de salir siendo muy mozo contra un moro de extraordinario valor, que desafió á los capitanes del rey Don Fernando, y al mismo rey, y que por bafa traía prendida a la cola del caballo el *Ave Maria*; y el joven Garcilaso le venció, le cortó la cabeza, colgola del arzon, y arrancó el *Ave Maria* de la cola del caballo: y por esto los Laos traen en su escudo estas palabras de la salutación angélica. Así Gines de Hita (*Guerras de Granada*: cap. XVII, p. 635.) en el romance que empieza:

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerrado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO XEPES"

la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do según he sabido trae vuestra merced su principio y origen. Atentísimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canónigo, y quando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dixo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la República, y que yo he hecho mal en leerlos y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante, que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadisés, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo á esta sazón el Canónigo. Á lo qual respon-

dió Don Quixote: añadió tambien vuestra merced, diciendo, que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Así es, dixo el Canónigo. Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenuta por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dice que da á los libros, quando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros, de que estan colmadas las historias, será querer persuadir, que el sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la Infanta Floripes y Gui de Borgoña (1),

(1) Floripes fue hija del almirante Balan, hermana de

y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno (1)? que, voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de día: y si es mentira, tambien lo debe de ser, que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su Reyno por momentos: y tambien se atreverán á decir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino (2), y la de la

Fierabras, y habiendo recibido el bautismo se casó con Gui ó Guido de Ergoña, sobrino de Carlo Magno y primo de Boldán; y fueron reyes en su tierra, segun se refiere en la historia de los Doce Pares.

(1) Constaba la puente Mantible de treinta arcos de marmol, echado sobre un caudaloso río, que solo por él se podia pasar: guardábale un espantoso y descomunal gigante; pero con todo eso le ganó Carlo Magno con ayuda del gigante Fierabras, segun cuentan y fingen las crónicas francesas. La verdadera historia y crónica del Gran Capitán refiere que el valentísimo extremeño Diego García de Paredes con un montante, ó espada de dos manos, detuvo á mas de quinientos franceses para que no pasasen por el puente que habian echado sobre el Garelano. (*cap. CVI. f. 159.* Véase tambien á nuestro autor: *P. F. tom. III. cap. XXXII. pag. 294.*)

(2) La historia de este caballero andante parece se escribió primero en italiano, de donde la tradujo en castellano Alonso Hernandez Aleman, que la publicó en Sevilla en

demanda del santo Grial (1), y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la Reyna Iséo, como los de Ginebra y Lan-

casa de Andrés de Burgos, año de 1548, fol. intitulándola: *Coronica del noble caballero Guarino Mezquino, é Prohezas en armas de Guarino ó Guerino Mezquino.*

(1) Título de un libro, tan antiguo como raro, de caballerías. *Demanda* quiere decir conquista: *Grial* es un plato ó vaso de esmeralda, llamado *santo* ó santificado por haber servido, segun se finge, en la última cena de nuestro Señor; ó para recoger su preciosa sangre quando Josef Abarimatea lavó las llagas de su sagrado cuerpo para embalsamarle y sepultarle; y por esto se intitula tambien este libro: *Josef Abarimatea, ó Historia de Josef Abarimatea y del Santo Grial.* Inventa con efecto el autor de esta obra (que se escribió en latín, en frances, en italiano y en castellano) que este noble decurion que, segun creen los PP. Bolandes, murió en Jerusalem despues de una, venerable vejez, con un hijo suyo, llamado tambien Josef, y otros doce compañeros fueron enviados á la Gran Bretaña por San Pedro, ó San Felipe, que predicaban en Francia el Evangelio, para que le anunciassen así mismo á aquellosisleños. El intento del autor fue atribuir la introduccion y predicacion de nuestra Santa Fe, en Inglaterra á Josef Abarimatea; y como esta introduccion es fabulosa, por eso la acreditan tambien otros libros fabulosos, acumulando nuevas fábulas. En la Historia de Amadís de Gaula se dice que: *Josef Abarimatea fue padre de aquel Jusepe que fue el primero que fundó la Gran Torre Bermeja, que poble la isla llamada de su nombre, que introduxo en ella la Religión Crisiana, y que viniendo á la Gran Bretaña, traxo consigo el Santo Grial.* Segun el Dictionario de Trevoux: *Grial ó Santo Grial es un plato ó catino precioso que se enseña en*

zarote (1), habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañoña, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la gran Bretaña, y es esto tan así, que me acuerdo yo, que me decia una mi agüela de partes de mi padre, quando veia alguna dueña coa tocas reverendas: aquella, nieta, se parece á la dueña Quintañoña, de donde arguyo yo,

Genova con muchas ceremonias y veneracion, porque se dice que sirvio en la mesa en la cena de nuestro Señor. (Veaase para todo lo dicho á Quadrio: Della Storia d'ella Regione d'ogni poesia: vol. IV. l. II. dist. I. c. III.) La ocasion con que los genoveses adquirieron este santo Catino ó Grial se cuenta en la Historia de Alonso VII. rey de Castilla. Este santo Grial paraba, no se sabe como, en poder de los moros de Almería, y quando este rey la conquistó y rescató de ellos con la ayuda de la esquadra genovesa, y con los socorros de Don Ramon, conde de Barcelona, hizo tres partes de los despojos: una la ciudad, que tomó para sí; otra el haber ó los tesoros, que se dieron al Conde; y la otra el santo Catino, ó como dice una historia antigua, citada por Fr. Prudencio de Sandoval (Historia del Emperador Alonso VII. p. 189.) la Escudilla de Esmeralda, que se dio á los genoveses. De este plato, ó Catino, ó santo Grial, trata tambien el lapidario Jayme Ferrer de Blanes, y le trae figurado en una estampa, en su Exposicion de algunas senencias del Bante en Catalan, y tratado de las piedras preciosas que hay en varias ciudades del mundo: impreso año de 1545. 8.

(1) En la novela ó libro de caballerias del rey Artús trata de las amorosas aventuras de estas reinas y de estos caballeros.

que

que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quien podrá negar, no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babioca, y en Roncesváles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga (1): de donde se infiere, que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad

(1) Este es el famoso cuerno de marfil que solia tocar en las batallas Rolian, y en una ocasion (segun se explica el arzobispo Turpin: cap. 23.) le tocó con tanto esfuerzo y pujanza, que reventó por medio, y al dueño se le rompieron las venas y nervios del cuello.

de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrámbas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama (1): y

(1) Juan de Melo, ó Melo, de origen portugués, aunque nacido en Castilla, fue mayordomo de Don Alvaro de Luna, hizo armas á caballo en la ciudad de Bas con Pedro de Brecononte, señor de Charni, en presencia de Felipe, duque de Borgoña, y las que hizo en Basilea fueron á pie. Juan de Mena dice que las hizo en la ciudad de Hala con Enrique de Rayestein. Fue uno de los conquistadores ó aventureros, que corrió y rompió lanzas en el *Paso Honroso* de Suero de Quiñones el año de 1454, de que se hablará luego. Fue alcaide de Alcalá la Real, ó de los Donceles, frontera del reino de Granada, y siguiendo su humor soldadesco y caballeresco hizo algunas tropelías, de que se quejaron al rey los regidores, y por las que fue preso y privado de la alcaidía. Fue muy estimado de Don Juan II que le dio la alcaidía con esta ocasion. Disputábase en Escalona, villa de Don Alvaro de Luna, en presencia del rey, entre algunos valientes caballeros sobre quien habia sido mas valeroso, si Aquiles, ó Hector. Acaloraronse tanto las partes en la defensa de su opinion, que ruyeron algunas veces á las manos, aunque el rey los apaciguaba metiéndolos por medio. Viendo estas porfiadas contiendas Don Enrique de Aragon, marqués de Villena, llamado el Astrologo, gran defensor de Hector, dixo: yo quiero que venga aqui Hector: veamos si los Aquilistas tienen tanto animo para defenderse, como lengua para hablar; y aun no lo hubo acabado de decir, quando vieron entrar por la sala una fantasma echando bocanadas de fuego, que con voz alterada y ronca dixo: ¿quien de vosotros osa decir ser mas fuerte Aquiles que Hector? y los que mas constancia ponian en decirlo y defenderlo fueron los primeros que huyeron. Quedóse el rey en su silla, y Juan de Melo echó mano á su espada, y arrevolvio

las aventuras y desafíos, que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de san Polo (1). Niéguenme asimesmo,

al brazo su manto, para defender al rey, por lo qual le hizo guardamayor de su casa y alcaide de Alcalá de los Donceles. Asi cuenta este caso del marqués de Villena, parecido á otras habillitas que corren de él, el P. Geronimo Roman de la Higuera, remitiéndose al tratado, que de su *Linage* escribio el mismo Merlo. (*Historia de Toledo: P. I. t. I, l. III. p. 147.* Biblioteca Real: est. F. cod. 45.) De las demas noticias deponen Garibay (lib. 16, cap. 25.): *El Paso Honroso*, que se halla al fin de la *Cronica* de Don Alvaro de Luna, reimpressa en 1784: *Las Treientas de Mena* (copl. 198 y 199.): y la *Cronica de Henrique IV.* (cap. 6.)

(1) Gutierre Quixada, señor de Villagarcía, vuelta de su romeria de Jerusalem, hizo armas en Sant Omer en Borgoña con Pedro, señor de Haburden ó Haburdi, hijo bastardo del conde de San Polo, en el año de 1455. Tiró la lanza Quixada quince pasos antes que llegara el contrario, pasándola por encima de su hombro, y clavándola en el suelo con tanta fuerza, que con dificultad se pudo arrancar. La del señor de Haburden no llegó ni con mucho. Despues se combatieron con las hachas, descargándose recios golpes, y asiéndole Quixada dió con él en el suelo, y levantada la hacha en las manos, le pudiera matar, si el duque Felipe, en cuya presencia se hizo el combate, no echara el baston. El otro hijo, tambien bastardo del conde de San Polo, se llamaba Diego, y este estaba aplazado para combatir con Pedro Barba; pero

que no fué á Luscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria (1). Digan que fuéron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso (2), las empresas de Mosen Luis de Fálse contra Don Gonzalo de Guzman, caballero Castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros christianos destos y de los Reynos extrángerios tan auténticas y verdaderas,

no pudiendo acudir por enfermedad, riñó por él este valeroso ascendiente de Don Quixote, segun dice Garibay (lib. 16, cap. 24.) y Pedro Gerónimo de Aponte. (Noticiario. Biblioteca Real: est. K. eod. 159, p. 596. b.)

(1) El mencionado Garibay (lib. 16, cap. 25.) añade que Don Fernando de Guevara, pasando á Alemania, en Viena ciudad de Austria hizo armas á pie con un caballero tudescó, llamado Georgio Vonrapag, en presencia de Alberto duque de Austria. Don Fernando llevando de retirada á su competidor, el duque Alberto, echando el bastón los sacó de las lizas, é hizo mucha honra á Don Fernando de Guevara, á quien dio de sus joyas.

(2) Caballero leones, y de la casa del condestable Don Alvaro de Luna. Impúsole su dama el precepto de llevar todos los jueves del año una argolla de hierro al cuello, y para libertarse de él hizo unas Justas cerca de la puente del rio Orbigo, como se dixo, que sostuvo por espacio de treinta dias el año de 1454, con nueve defensores ó mantenedores contra sesenta y ocho conquistadores ó aventureros de dentro y fuera de España, citados antes por

que torno á decir, que el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canónigo de oír la mezcla que Don Quixote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que

carteles públicos de desafio, como lo expresa el mismo en la arenga que pronunció en presencia del rey Don Juan II, que dice así: *Deseo justo é razonable es los cativos, ó en presion detenidos, desear libertad: é como yo, vasallo é natural vuestro, sea en presion de una señora de tiempo grande aca, en señal de lo qual todos los jueves traygo á mi cuello este fierro, segund ya es notorio en vuestra magnifica corte é reynos, é fuera dellos por los karautes que la semejante presion con mis armas an levado: agora, poderoso señor, en nombre del apostol Santiago yo he concertado mi rescate, el qual es tresientas lanzas rompidas por el asta de mí, é destos caballeros que aqui son en arnes de guerra, contando la que fesiere sangre por rompida... en el derecho camino por donde la mas gente suele pasar para aquella cibdat donde su santa sepultura está, certificando á todos los estrangeros que alli fallarán arneses é caballos é lanzas tales, que qualquier buen caballero ose dar con ellas, sin temer de las quebrar con pequeño golpe. E notorio sea á todas las señoras de onor que qualquiera que pasará por aquel lugar, á do yo sere, que si non lieva caballero ó gentilombre que faga armas por ella, que dexará el guante de la mano derecha. Y en la última condicion dice: á todas las señoras del mundo sea manifesto que si la señora, cuyo yo so, pasare por aquel lugar, donde yo con los caballeros del Paso estaré, que su mano derecha irá segura de perder el guante, é ningund caballero nin gentilombre podrá facer armas por ella, salvo yo, pues*

tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes Españoles: y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer, que hicié-

en el mundo non hay quien tan verdaderamente por ella las pueda hacer.

De la relacion jurídica que se hizo de estas Justas (que en medio de su extravagancia quixotesca contribuian tanto para estimular el valor y arrojio militar, y en que tanto interesaban el mérito y el predominio de las prendas amables de las damas) hizo un compendio Fr. Juan de Pineda, que publicó con el título del *Paso Honroso*, y que se reimprimó el año de 1784, al fin de la *Cronica de Don Alvaro de Luna*; pero aquí se ha seguido un códice de letra de aquel tiempo (que se halla en la Real Biblioteca: est. E. l. cod. 88.) por el qual, aunque mutilo, se conoce lo que alteró y desfiguró el estilo su primer editor, y las variantes sustanciales que introduxo.

De este Don Soero se dice tambien que desató ver á satanas, y que el marques de Villena en virtud de su nigromancia le hizo comparecer, y servir á la mesa de maestraala, y despues de visto y reconocido por nuestro caballero aventurero con grande temor y espanto, desapareció. (*Apuntamientos de Luis de Pineda*. Biblioteca Real: est. E. c. 18.) Esta es una de las muchas habillitas inventadas para desacreditar la afición del Marques al estudio de las Matemáticas.

ron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es, que fuéron caballeros escogidos por los Reyes de Francia, á quien llamáron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: aloménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone, que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos: y como ahora dicen caballero de San Juan, ó de Alcántara, decian en aquel tiempo: caballero de los doce Pares, porque fuéron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del Conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está

sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto: mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadis, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento se de á entender, que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BuENO está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitiéron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de qualquier estado y condicion que sean; habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto: mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadisés, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento se de á entender, que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BuENO está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitiéron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de qualquier estado y condicion que sean; habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hizo, ó caballeros hicieron (1)? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda.

Si no dígame: hay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristesima, que dice: *tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que deaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los*

(1) Siguió Don Quixote el dictamen de aquel buen sacerdote, de quien cuenta Melchor Cano que no podía darse á entender que fuesen falsos ni apócrifos los libros, que se imprimían con las licencias necesarias, y así tenía por verdaderas las patrañas de Amadís de Gaula. (De Locis: lib. XI, cap. VI.)

siete castillos de las siete Fadas, que de baxo desta negregura yacen? y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su Señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece, que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécese á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá ve otra á lo brutesco ordena-

da, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¡hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el serviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar, como su

madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos ménos, dicen que suele valer una ciudad y aun mas? ¿Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Que, el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Que, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Que, verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Que, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba de alargar la mano? ¿Qual será oír la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quien la canta ni adonde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella, que ninguna

de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargar me mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á qualquiera que la leyere: y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, á donde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre

está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dixo: trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese Condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle: y quando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los Estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AVILA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO ARYES"

1962 MAR 20

no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el Señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé, que tan presto tuviese yo el Condado, como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi Estado, como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el Estado venga, y á Dios y veámonos, como dixo un ciego á otro. No (z) son malas filosofías esas, como

como tú dices, Sancho (1), pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Á lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el exemplo que me dá el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigo de los concertados (AA) disparates que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco descaba alcanzar el Condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la

(1) Dixo el Canónigo.

comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante viéron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dixo: ha cerrera, cerrera, manchada, manchada; y como andais vos estos dias de pie coxo? que lobos os espantan, hija? no me direis que es esto, hermosa? Mas que puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, alomenos estardis mas (ni) segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y desca-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minada, ¿en qué podrá parar ellas? Contento diéron las palabras del cabrero á los que las oyéron, especialmente al Canónigo, que le dixo: por vida vuestra, hermano, que os sosegúeis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciolo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dixo: no querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rústico soy; pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. Alómenos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y

para que creais esta verdad y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convidó, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mía. A esto respondió Don Quixote: por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mía, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quixote, que el escudero de caballero andante ha de comer quando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá

quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la daremos todos á las nuestras, dixo el Canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el qual comenzó su historia desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.

TRES leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, según él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donayre y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se

comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas: ¿ que digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fué yo uuo, á quien diéron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mesmo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mesmo pueblo, que fué causa de suspender

y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinó decirselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiéndole, que pues los dos éramos iguales, era bien dexar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llamase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa (cc), hijo de un pobre labrador del mesmo Lugar, el qual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser sol-

gado. Llevóle de nuestro Lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dices de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la mesma malicia, lo notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos quisados é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara, que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte (nn) plumages: y no parezca impertinencia y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debaxo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el Orbe que no hubiese visto, ni

batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas Moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna, Diego Garcia de Parédes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros y faciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decía que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mesmo Rey no debía nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos, que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Lean-

dra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las bahañas que él de sí mesmo habia referido, y finalmente, que así el diablo lo debía de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél, ántes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cümpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teniale cumplido, habiendo dexado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la Justicia, los quadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriña-

ronse los bosques y quanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volvieronla á la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dexase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa (*) ciudad

(*) Este parece ser un yerro de imprenta: *vistosa* diria sin duda ninguna en el manuscrito del autor, y no *viciosa*; visto que la diferencia ortográfica entre estas dos voces no está mas que en dos letras; y que en quanto á la significación de ellas, mas propia le es á la ciudad de Nápoles la del adjetivo *vistosa* que la del segundo. Además de esto, no es creíble de la sinceridad, moderación y rectitud de Cervantes, se hubiese servido de un nombre injurioso para calificar una ciudad, qualquiera que fuese, y mucho menos Nápoles, que entonces pertenecia á la España, y estaba gobernado por su protector el conde de Lemos. Tampoco es creíble del buen gusto y crítica de nuestro autor, emplease el adjetivo *vicioso* con un nombre propio de ciudad, con quien absolutamente no puede ir, pues que jamas se dice, *Madrid es vicioso*, *Sevilla es viciosa*, etc.; ni menos que le pusiese en la boca de Vicente de la Rosa, para seducir á una doncella de rara discreción y virtud, como el mismo autor dice mas arriba; pues es claro que si esta doncella era qual la pinta el cabrero, no

dad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creído, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien, como el soldado, sin quitarle su honor, le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueva y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dexado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Lean-

hubiera jamas seguido á su amante, viendo la queria llevar á una ciudad *viciosa*, á pesar de la palabra de ser su esposo que le habia dado. ¡ Cosa bien extraña es que en ninguna de las ediciones del Don Quixote hasta aqui hechas se haya corregido este yerro de imprenta, y que se lo haya hecho decir á Cervantes una cosa tan agena de su caracter modesto, pacífico y comedido! — (Nota del editor.)

dra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, aloménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyéron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, aloménos sin tener cosa que mirar, que contento les diese, los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dexar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de ca-

bras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas, ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mesmo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está (EE) colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta, aquel la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamenta y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni már-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1953

gen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones (ff) que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixé á esta cabra, quando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es

es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo, que habia dicho muy bien el Cura, en

IV.

21

gen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones (ff) que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixé á esta cabra, quando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es

es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo, que habia dicho muy bien el Cura, en

IV.

21

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quixote, que le dixo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilidad de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviéades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del Abadesa y de quantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando pero las leyes de caballeria que mandan, que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal pelage y catadura, admiróse y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quien es este

hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuerfos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes que hacian todo eso, que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza (1). Sois un grandísimo bellaco, dixo á esta sazón Don Quixote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hildeputa, puta que os parió: y diciendo y hablando (2), arrebató

(1) Este cabrero habia leído u oído leer, lo que la sabia Ipermes dixo de Don Olivante de Laura, que fue lo siguiente: *vos seréis luz de todos los caballeros andantes, espejo de toda bondad, favor de los necesitados, amparo de las viudas, defensor de las doncellas, deshacedor de los agravios, destruidor de los malhechores.* (Lib. I, cap. VII.)

(2) Diciendo y haciendo, debería decir, por ser esta una errata de imprenta conocida, pues este modismo de

de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con quantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrámbas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. Don Quixote que se vió libre, acudió á subir sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábasele (66) el Canónigo y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debaxo de sí á Don Quixote, sobre el qual llovió tanto número de moxicones,

la lengua es invariable; y así en la P. I. cap. XXII, p. 68. dixo el mismo Cervantes: y diciendo y haciendo.

que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los quadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyéron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oírle fué Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie volviendo

asimesmo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto baxaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imagen que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos mal-andrines: y como esto le cayó en las miénten, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho

su espada, subió sobre Rocinante y abrazó su adarga, y dixo en alta voz á todos los que presentes estaban: agora, valerosa compañía, verédes quanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: agora digo que verédes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fuéron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuviéron las voces que Sancho le daba, diciendo: ¿adonde va, señor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra Fe Católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho,

porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los quatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quixote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habédes fecho:

y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayéron todos los que las oyéron que Don Quixote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quixote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada, arremetió á las andas (1). Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga á sus compañeros, salió al encuen-

(1) Todo este pasage opina el caballero Jarvis en una nota á su traduccion inglesa que es una fina satira contra la veneracion de las imágenes, admirándose de que la haya dexado correr el Santo Oficio. Ya en otra nota al cap. XIII de esta misma Parte I, sobre reprobar Eivaldo que los caballeros andantes no se acordasen en los peligros de encomendarse á Dios, sino á sus damas, indica el referido Jarvis que en esto se conforma Cervantes con la doctrina de los heterodoxos. Verdaderamente que es preciso tener los aposentos del cerebro tan hueros y vacios casi como el mismo Don Quixote para deducir semejantes ilaciones de los mencionados textos, tan injuriosas á la piedad y catolicismo de Miguel de Cervantes, acreditado en la *Vida* y en sus *Obras*; y que tales deslumbramientos del entendimiento humano deben servir de grande exemplo y freno á los comentadores para no interpretar á los autores originales tan voluntaria y maliciosamente: pues, por obligarlos á decir lo que jamas les pasó por la imaginacion, les pegan hasta las opiniones de sus sectas.

tro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quixote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra (un) villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie ni mano y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quixote adónde él estaba, mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hicieronse todos un

remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro Cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyéron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballeria, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡ó honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el qual saltando tú en él quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ¡ó liberal sobre todos los Alexandros, pues

por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Insula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primera palabra que dixo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombre hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destes señores que su bien desean, y allí darémos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien decis (1), Sancho, respondió Don Quixote, y será gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que agora corre (1). El Canónigo y el Cura y Barbero

(1) En esta resolución se conforma Don Quixote con la

le dixéron, que haria muy bien en hacer lo que decia: y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quixote en el carro, como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos: los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de su locura ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quixote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino, que el Cura quiso y acabo de seis dias llegaron á la aldea de

costumbre de otros caballeros andantes, como son Amadís de Gaula, y Esplandián, á quienes, juntamente con sus señoras, tenía por su bien encantados en la Insula Firme su amiga, la maga ó bruxa Urganda, hasta que pasase el mal influxo de las estrellas. (*Amadís de Gaula*: lib. 6, cap. 18.)

Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carro de Don Quixote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y quando conociéron á su compatrioto, quedáron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se diéron, las maldiciones que de nuevo echáron á los malditos libros de caballerías, todo lo qual se renovó quando viéron entrar á Don Quixote por sus puertas. Á las nnevas de esta venida de Don Quixote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó, fué, que si venia bueno el asno. Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo; que bien habeis sacado

de vuestras escuderías? ¿que saboyana (1) me traeis á mí? ¿que zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dixo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dixo Panza, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me veréis presto Conde, ó Gobernador de una Ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que

(1) Era una gala de muger, introducida de Saboya en España. Blas de Aytóna publicó en Cuenca, año de 1605. varias coplas, y entre ellas un cantar sobre la saboyana, con este estribillo:

*Comprame una saboyana,
 Marido, así os guarde Dios:
 Comprame una saboyana,
 Pues las otras tienen dos.
 Quando me paro á la puerta,
 O me pongo á mi ventana,
 Mas me querría ver muerta
 Que verme sin saboyana, etc.*

pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme ¿que es eso de Insulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho; á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oírte llamar Señoría de todos tus vasallos. ¿Que es lo que decís, Sancho, de Señorías, Insulas, y vasallos? respondió (κκ) Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos (1). No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca: solo te sabré decir así de paso,

(1) Esta costumbre de la Mancha se usaba tambien en Francia, de donde volvió y se adoptó modernamente por algunas en España, segun la reprehendia un poeta de nuestros tiempos, entre otras costumbres que las españolas habian adoptado de las francesas:

*Amaneció contenta con su doña,
Y acostose madama de Borgoña;
Pues, aunque su apellido es de Velasco,
Comenzo á causarle asco
Quando supo que en Francia las casadas
Estan acostumbradas
A dexar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con su marido, etc.*

que

que no hay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteadado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traellé á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los

iv.

22

libros de caballerías, allí pidiéron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedáron confusas y temerosas, de que se habian de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imagináron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quixote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasáron cosas dignas de su valor y buen entendimiento (1). Ni de su

(1) De estas Justas hacen mención los interlocutores, que introduce Don Geronimo Ximenez de Urrea en su *Dialogo de la Verdadera Honra militar*: fol. 76.

Franco. *Hame dicho que si quieremos ver Justas, salgamos presto, que en el Coso se justa, y él ha topado por la calle los mantenedores, que van á la plaza.*

Altamirano. *Por quien se hace la fiesta?*

fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la qual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas (1), pero en versos castellanos,

Franco. *Es una de las ordinarias que celebran los caballeros de esta tierra.*

Altamirano. *Como ordinaria? que en pocas partes fuera de la Corte se acostumbra.*

Franco. *Sabed que los caballeros de esta ciudad tienen una Cofradia en memoria de su patron San Jorge, y es que son obligados á justar tres veces en el año, y á torrear á caballo otras tantas, y esta Justa de hoy es una dellas.*

Estas se llamaban las Justas del Arnes. *Vease P. II. cap. IV. y LIX.*

(1) En esta ficcion imitó Cervantes el estilo de otros autores de libros de caballerías, que fingian haberlos hallado en parages escondidos y por extraños modos, especialmente el del autor de *Amadis de Gaula*, donde hablando del lib. IV. ó de las *Sergas de Esplandian*, dice Garci Ordoñez de Montalvo (como le llama Don Nicolas Antonio: *Bibliot. Nova*: ó Garci Rodriguez, como se llama él en el prólogo) que pareció en una tumba de piedra que debaxo de la tierra en una ermita cerca de Constantinopla fue hallado, é traído por un ungaro mercader á estas partes de España en letra é pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian. Es igualmente esta ficcion

que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quixote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras pri-

uno de los pocos lugares, con que parece quiso Cervantes persuadir á los lectores que Don Quixote habia florecido en tiempos muy remotos, como lo acredita el caracter gótico y el pergamino, en que dice estaban escritos estos versos: pero habiéndose dexado de usar la letra gótica en tiempo del rey Don Alonso VI, quando no se usaban todavia versos castellanos, no parece esta invencion de las mas verisimiles.

meras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA
HOC SCRIPSERUNT.

El monicongo, académico de la Argamasilla, á la sepultura de Don Quixote

EPITAFIO.

El calvatrúeno (1) que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta;
El juicio que tuvo la veleta,
Aguda, donde fuera mejor ancha:

El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gacta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncea plancha:

El que á cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarria:

El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debaxo desta losa fria.

(1) Se dice del que tiene la cabeza atronada, y es vocinglero y alocado.

Del Paniaguado, académico de la Argamasilla, in laudem Dulcinea del Toboso

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fué el gran Quixote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado:

Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta Manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,

Ella dexó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

Del caprichoso, discretísimo académico de la Argamasilla en loor de Rocinante caballo de Don Quixote de la Mancha

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
Nuevas proezas; pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,

Hoy á Quixote le corona el Aula
Do (1) Belona preside, y del se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.

Nunca sos glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

Del Burlador, académico argamasillesco, á Sancho Panza.

SONETO.

Sancho Panza es aqúeste en cuerpo chico;
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un horrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)

(1) En las primeras ediciones se decía de: la Real Academia Española sustituyó acertadamente el adverbio *do*, reputando esta por errata de imprenta conocida.

Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.

¡O vanas esperanzas de la gente,
Como pasáis con prometer descanso,
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

Del Cachidiablo, académico de la Argamasilla, en la sepultura de Don Quixote

EPITAFIO.

Aquí yace el Caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace también junto á él,
escudero el mas fiel,
que vió el trato de escudero.

Del Tiquitoc, académico de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fué de castiza ralea,

y tuvo asomos de dama,
del gran Quixote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fuéron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un Académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigiliás y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quixote.

Forsì altro canterà con miglior plectro. (1)

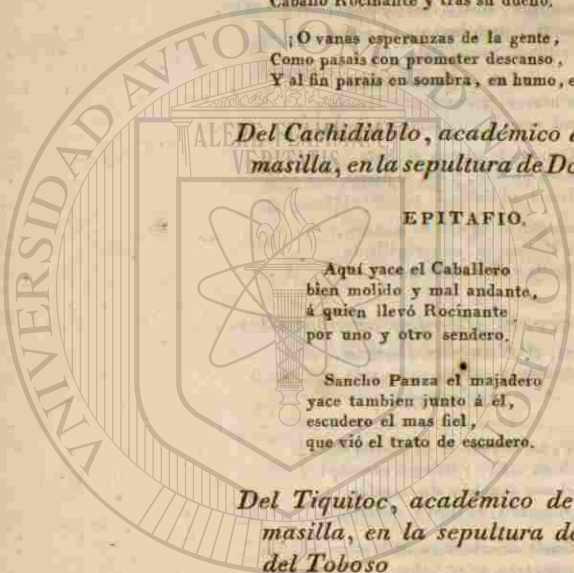
(1) Este verso está tomado del *Orlando* de Ludovico Ariosto (cant. XXX. estancia ú octava 16.); pero no está copiado fielmente, pues en su texto original se lee así:

Forse altri canterà con miglior plectro.

Al fin del cap. I, de la parte II, vuelve á citar Cervantes este mismo pasage del Ariosto, diciendo:

*Y cómo del Catay recibió el cetro
Quizá otro cantará con mejor plectro.*

El segundo de estos dos versos contiene la traducción castellana del italiano puesto arriba; y con ellos, añade el mismo Cervantes, como que profetizó el Ariosto que otros poetas continuarían su obra; y que así se cumplió, pues Luis Barahona de Soto escribió las *Lágrimas de Angélica*, y Lope de Vega su *Hermosura*. Así parece



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también que Cervantes adivina aquí que otro autor continuaría su obra, escribiendo la historia de la tercera salida de Don Quixote, como se verificó en el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, de quien no tanto se ofendió nuestro autor, y se amohinó por su *Continuacion*, quanto porque, lejos de escribirla con mejor plectro ó lira, la escribió con pluma mal templada, tosca y obscena.

FIN DEL TOMO CUARTO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO CUARTO.

Las letras puestas entre parentesis corresponden á las que van esparcidas por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichas letras.

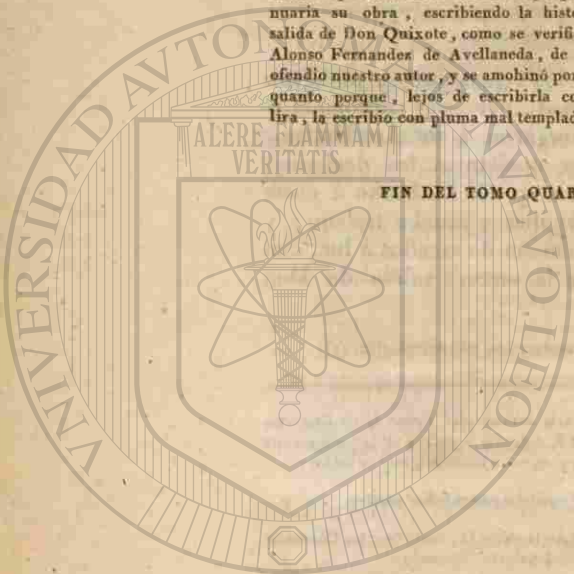
(a) PÁG. 1. El epígrafe de este capítulo xxxv, en las primeras ediciones dice solamente: *Donde se da fin á la Novela del Curioso Impertinente*, y lo demas está en el cap. xxxvi, pero fuera de su lugar, porque allí no se trata de la batalla de Don Quixote con los cueros de vino, sino en el xxxv, por lo que en esta edicion se ha pasado de aquel á este la parte que le corresponde.

(b) Pág. 1. Del *caramanchon* donde reposaba. *La segunda*: del *camaranchon* donde reposaba.

(c) Pág. 5. *Alta y famosa señora*. *La segunda*: *alta y fermosa señora*.

(d) Pág. 10. Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse *qualificada* en sus amores llegó á tanto que.... se iba tras él á suelta rienda. *La segunda*: Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el *gozo* que tenia Leonela de verse *calificada* en sus amores llegó á tanto, etc.

(e) Pág. 16. Claramente conoció que se le iba acabando la vida. *La segunda*: claramente



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



también que Cervantes adivina aquí que otro autor continuaría su obra, escribiendo la historia de la tercera salida de Don Quixote, como se verificó en el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, de quien no tanto se ofendió nuestro autor, y se amohinó por su *Continuacion*, quanto porque, lejos de escribirla con mejor plectro ó lira, la escribió con pluma mal templada, tosca y obscena.

FIN DEL TOMO CUARTO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO CUARTO.

Las letras puestas entre parentesis corresponden á las que van esparcidas por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichas letras.

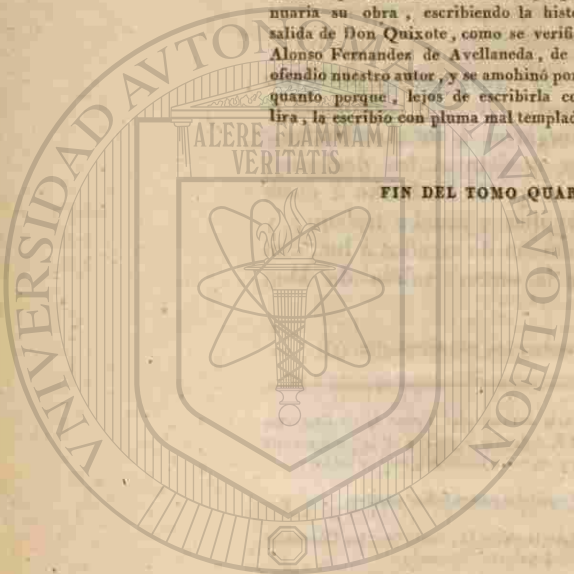
(a) PÁG. 1. El epígrafe de este capítulo xxxv, en las primeras ediciones dice solamente: *Donde se da fin á la Novela del Curioso Impertinente*, y lo demas está en el cap. xxxvi, pero fuera de su lugar, porque allí no se trata de la batalla de Don Quixote con los cueros de vino, sino en el xxxv, por lo que en esta edicion se ha pasado de aquel á este la parte que le corresponde.

(b) Pág. 1. Del *caramanchon* donde reposaba. *La segunda*: del *camaranchon* donde reposaba.

(c) Pág. 5. *Alta y famosa señora*. *La segunda*: *alta y hermosa señora*.

(d) Pág. 10. Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenía Leonela de verse *qualificada* en sus amores llegó á tanto que.... se iba tras él á suelta rienda. *La segunda*: Era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el *gozo* que tenía Leonela de verse *calificada* en sus amores llegó á tanto, etc.

(e) Pág. 16. Claramente conoció que se le iba acabando la vida. *La segunda*: claramente



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



conoció, por las premisas mortales, que en sí sentia, que se le iba acabando la vida.

(f) Pág. 27. Como me *heciste* en los principios. *La segunda* : como me *hiciste* en los principios.

(g) Pág. 50. Desta vuestra *captiva*. *La segunda* : desta vuestra *cautiva*.

(h) Pág. 34. Que yo rogaré al Cielo. *La segunda* : que yo de *rodillas* rogaré al Cielo.

(i) Pág. 41. Pensamiento *desparatado*. *La segunda* : pensamiento *disparatado*.

(k) Pág. 41. Luscinda haria y representaria la persona de Dorotea. *La segunda* : Luscinda haria y representaria *suficientemente* la persona de Dorotea.

(l) Pág. 42. No está mas de dos jornadas de aqui. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á truco de hacer tan buena obra. La edicion de Londres dice : no está mas de dos jornadas de aqui, *dixo el Cura*. Pues aunque estuviera mas, *dixo Don Fernando*, gustara yo de caminallas, etc. En las primeras ediciones faltan las palabras : *dixo el Cura* : *dixo Don Fernando*. De este género de supresiones de los interlocutores del diálogo, de que se hallan muchos exemplos en los buenos autores antiguos y modernos, usa con frecuencia Cervántes en sus obras, particularmente en esta del Quixote, como se puede ver en los capítulos VI, IX, XII, XXXVIII, XLIII y L de la primera parte, y en el III, IV, VII, X, XIII, XVI de la segunda, y en otros lugares, por lo que se ha conservado

este pasage y otros semejantes sin alteracion, como se hallan en las primeras ediciones.

(m) Pág. 48. Si gustáredes de *pasar* con nosotras. *La segunda* : si gustáredes de *posar* con nosotras.

(n) Pág. 49. Respondió el *Captivo*. *La segunda* : respondió el *Cautivo*.

(o) Pág. 50. ¿ Luego no es *baptizada*? *La segunda* : ¿ luego no es *bautizada*?

(p) Pág. 71. A mi padre le quedáron quatro mil en dineros. *La segunda* : á mi padre le quedáron quatro mil *ducados* en dineros.

(q) Pág. 76. *Levantes* y Genizaros. *La segunda* : *Levantes* y Genizaros.

(r) Pág. 86. Todos tres se *sonrieron*. *La segunda* : todos tres se *sonrieron*.

(s) Pág. 91. Siendo *grumete* de una nave. *La segunda* : siendo *brumete* de una nave.

(t), (u) y (v). Pág. 98, 99 y 100. Hecimos. *La segunda* : hicimos.

(x) Pág. 115. A un Lugar que se llamaba Sargel. *La segunda* : á un Lugar que se llama Sargel.

(y) Pág. 122. Mil y quinientos *zoltamis*. *La segunda* : mil y quinientos *zoltanis*.

(z) Pág. 125. Desto se *rió* muy de véras. *La segunda* : desto se *riyó* muy de véras.

(A) Pág. 124. El *primero* juma. *La segunda* : el *primer* juma.

(B) Pág. 154. Cae sesenta millas de Argel. *La segunda* : cae no mas que sesenta millas de Argel.

(c) Pág. 158. Lo sabrá decir mejor que no yo.
La segunda : lo sabrá decir mejor que yo.

(d) Pág. 140. Para que *felizmente* diésemos fin. *La segunda* : para que *felizmente* diésemos fin.

(e) Pág. 145. No quería tocar en ningún puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela, desde donde habia salido. *La segunda* : no quería tocar en ningún puerto de España, sino *irse luego á camino*, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido.

(f) Pág. 146. Con la qual vista todas nuestras pesadumbres y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros. *La segunda* : con la qual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si *propiamente* no hubieran pasado por nosotros.

(g) Pág. 147. Con lágrimas de muy alegrísimo contento. *La segunda* : con lágrimas de alegrísimo contento.

(h) Pág. 149. Se vistiese un *gilecuelco* ó casaca. *La segunda* : se vistiese un *gileco* ó casaca.

(i) Pág. 150. Había apellidado, al arma. *La segunda* : habia apellidado arma.

(k) Pág. 196. En diciendo esto, Don Antonio y todos los demas se le ofrecieron... para servirle. Las primeras ediciones dicen : Don Antonio. Pero es un descuido del autor, pues entre todos los concurrentes no habia ninguno

que se llamase así. Deberia decir : Cardenio, ó el Cura, que eran las personas principales que habian oido la relacion del cautivo ademas de Don Fernando, pues aunque con este venian tres caballeros, no se ha dicho el nombre de ninguno de ellos.

(l) Pág. 161. Para conocer primero si... su hermano por verle pobre se *afrentaba*, ó le *recebia* con buenas entrañas. *La segunda* : para conocer primero si... su hermano por verle pobre se *afrentaria*, ó le *recibiria* con buenas entrañas.

(m) Pág. 166. Le puso *ámbas* manos en los pechos. *La segunda* : le puso *las* manos en los pechos.

(n) Pág. 175. Es muy *gran* estudiante y poeta. *La segunda* : es muy *grande* estudiante y poeta.

(o) Pág. 193. Como el cielo *lo* ordenare. *La segunda* : como el cielo ordenare.

(p) Pág. 194. *Salía* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio á parte... le contó la historia del músico. *La segunda* : *salió* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada : llamando Dorotea á Cardenio, etc.

(q) Pág. 205. Hasta *agora*. *La segunda* : hasta *ahora*.

(r) Pág. 206. Para que todos *riesen*. *La segunda* : para que todos *riyesen*.

(s) y (t) Pág. 208 y 229. *Póneme yo agora...*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Agora acabarás de conocer. *La segunda* : ponerme yo aora... aora acabarás de conocer.

(u) Pág. 253. Quando el furibundo leonchego y la blanca paloma tobosina yoguieren en uno. *La segunda* : yacieren en uno.

(v) Pág. 248. ¿Pensaba vuestra merced que no lo conozco? *La segunda* : pensaré vuestra merced que no le conozco.

(x) Pág. 252. Un millon de compitientes. *La segunda* : un millon de combatientes.

(y) Pág. 281. Tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen. *La segunda* : tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen.

(z) Pág. 304. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicó Don Quixote : yo no sé que haya mas que decir : solo me guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza. *La segunda* : A lo qual replicó Don Quixote : no son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mncho que decir sobre esta materia de Condados. Yo no sé que haya que decir, solo me guio por muchos y diversos exemplos que podria traer á este propósito de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios, que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles Señores absolutos de Ciudades y Insu-

las, y qual hubo, que llegaron sus merecimientos á tanto, que tuvo humos de hacerse Rey. Pero ¿para que gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne exemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula firme? Y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza. Las palabras : á lo qual replicó Don Quixote en la segunda edicion están fuera de su lugar, como se ve por el contexto, y deben estar como en la primera al principio de la segunda cláusula.

(AA) Pág. 305. Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates que Don Quixote habia dicho. *La segunda* : admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quixote habia dicho.

(BB) Pág. 306. Estareis mas segura en vuestro aprisco. *La segunda* : estareis segura en vuestro aprisco.

(CC) Pág. 312. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador vecino del mesmo Lugar. En todos los lugares, en que en la primera edicion dice Vicente de la Rosa, la segunda dice Vicente de la Roca.

(DD) Pág. 312. Habia hecho muestra... de mas de veinte plumages. *La segunda* : habia hecho muestra... demas de veinte plumas.

(EE) Pág. 318. Segun está colmo de pastores

y de apriscos. *La segunda* : según está colmado de pastores y de priscos.

(FF) Pág. 318. Del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones *que tienen*. *La segunda* : del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones.

(GG) Pág. 323. Pero *estorbábanse*lo el Canónigo y el Cura. *La segunda* : pero *estorbáronse*lo el Canónigo y el Cura.

(HH) Pág. 330. No pudo cubrir el adarga contra villana fuerza. *La segunda* : no pudo cubrir el adarga contra *la* villana fuerza.

(II) Pág. 332. Bien *decis*, Sancho. *La segunda* : bien *dices*, Sancho.

(KK) Pág. 336. Respondió *Juana Panza*. La edición de Londres emendó : *Teresa Panza*; pero las primeras ediciones constantemente dicen *Juana Panza* en todas las partes que se nombra en este capítulo.

TABLA

DE

LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

CAP. XXXV. Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.	Pág. 1
CAP. XXXVI. Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.	19
CAP. XXXVII. Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.	38
CAP. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.	58
CAP. XXXIX. Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.	67
CAP. XL. Donde se prosigue la historia del Cautivo.	88
CAP. XLI. Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.	115
CAP. XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.	156
CAP. XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.	170
CAP. XLIV. Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.	188
CAP. XLV. Donde se acaba de averiguar la	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAHÍA DE CARRACAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

<i>duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.</i>	205
CAP. XLVI. <i>De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.</i>	220
CAP. XLVII. <i>Del extraño modo con que fué encanizado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.</i>	237
CAP. XLVIII. <i>Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerias, con otras cosas dignas de su ingenio.</i>	258
CAP. XLIX. <i>Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.</i>	276
CAP. L. <i>De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuvieron con otros sucesos.</i>	297
CAP. LI. <i>Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.</i>	310
CAP. LII. <i>De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.</i>	321

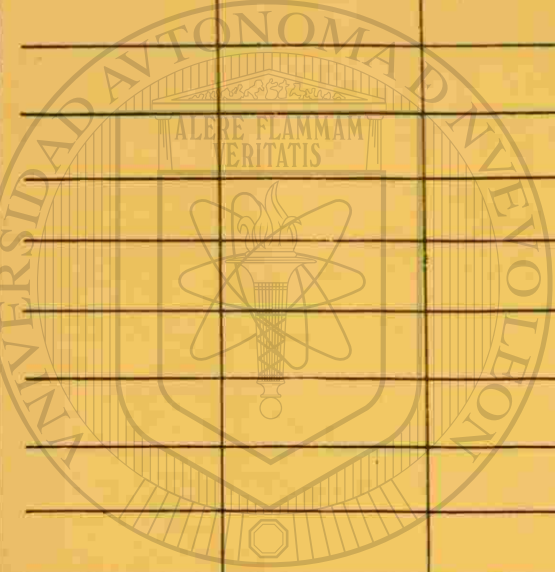
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.



PQ6323

Al

v.4

1814

46586

AUTOR

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel

UNL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

